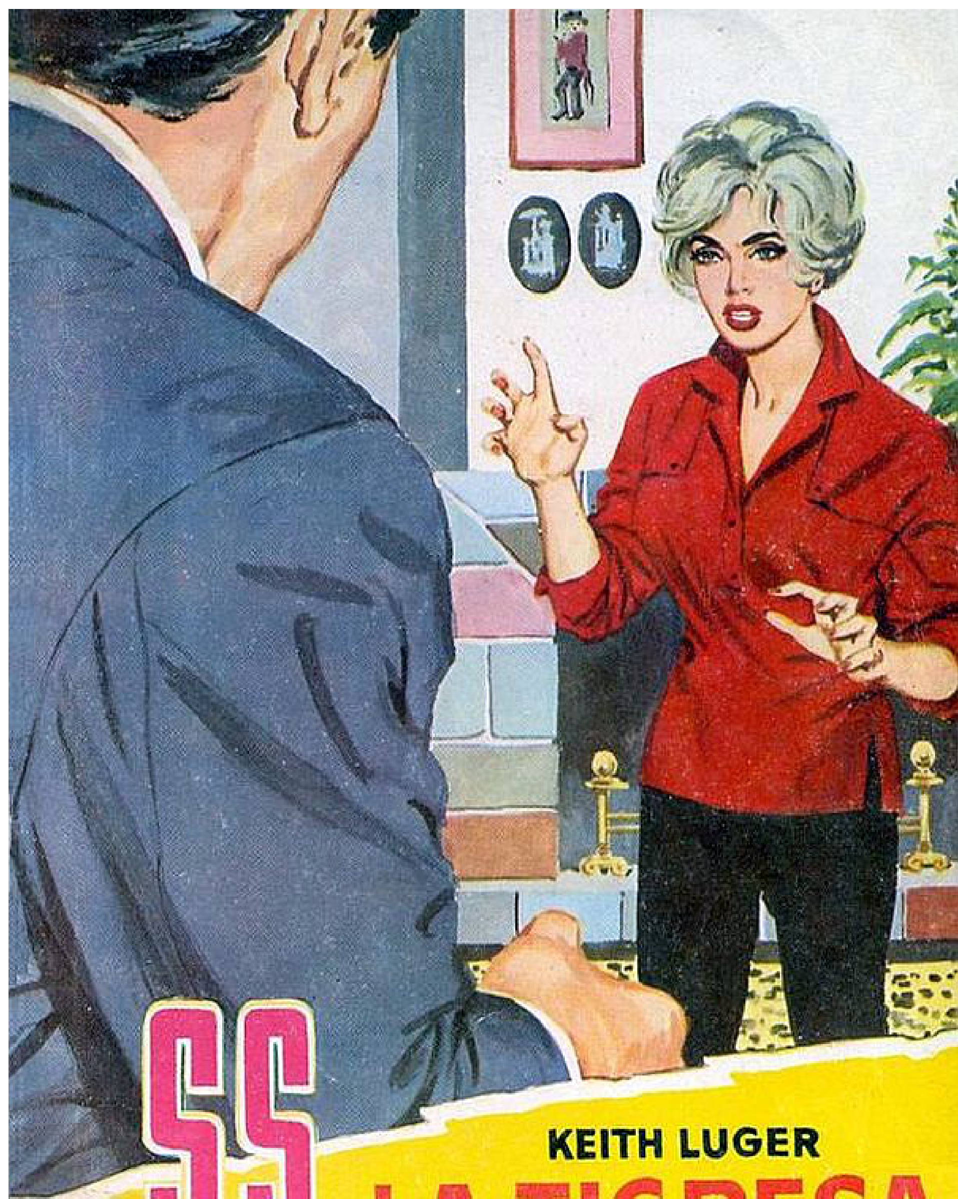


SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

LA TIGRESA Y YO

Red Wyler es un detective privado de esos duros e incorruptibles que recibe le encargo de averiguar si están chantajeando a Perla Benson, la hija del magnate de la prensa Frederic Benson. Por supuesto, lo que parece algo tan simple como un seguimiento y vigilancia se convierte en un lío fenomenal que involucra gangsters, información comprometedora y un oscuro dato del pasado que involucra al pasado de Perla Benson y su ascendencia.



Keith Luger

La tigresa y yo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 554

ePub r1.0

LDS 19.07.17

Título original: *La tigresa y yo*
Keith Luger, 1961
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Keith Luger

La tigresa y yo

1ª. EDICIÓN

MARZO 1961

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

El timbre del teléfono empezó a sonar, alcancé el micro.

—¿Sí?

—Hola, Red. Soy Leo Brennan.

Leo Brennan era el director del *Star*.

—¿Cómo estás, Leo?

—La mar de bien. ¿Tienes algo entre manos, Red?

—Un asunto relacionado con un divorcio, ya sabes. Pero lo liquidé y sólo espero al cliente para informarle.

—Ahora son las nueve. ¿Puedes estar a las once en la casa de Frederic Benson?

—¿El Ogro?

—Sí, muchacho.

—¿Qué quiere de mí?

—No la sé. Me pidió el nombre de un buen detective y me acordé de ti.

—Gracias. Iré.

Anoté la dirección de Frederic Benson, el propietario del *Star*, y luego Leo agregó:

—Ten cuidado, Red. Creo que no lo conoces personalmente.

—No.

—Posee un genio endiablado.

—Muy bien. Me espolvorearé con perfume de jazmín después del baño, me embutiré en el traje nuevo y quizá en un par de horas pueda aprender unas cuantas frases de ringorrango.

Rió por el cable.

—Confío en ti, Red.

Le di otra vez las gracias y colgué.

Naturalmente, no me di ningún baño porque ya lo había tomado

una hora antes. Tampoco corrí a mi apartamento para cambiarme de traje. El de paño oscuro que llevaba ahora me gustaba y, en cuanto a las frases de ringorrango, no tenía a mano ningún manual acerca de las reglas de la alta sociedad y, en vista de ello, atrapé el diario de la mañana y me puse a hacer cálculos acerca de los caballos que llegarían primero en las carreras de Jamaica.

Alrededor de las diez se presentó mi cliente, un tipo seco de mejillas chupadas y ojos saltones que defendía con gruesos anteojos. Le dije que sí, que estaba en lo cierto, que su media naranja le había salido un poco trotona. Me encontré con la sorpresa de que el fulano dijo que yo estaba equivocado. La noche anterior se había aclarado con su mujer y ella le había demostrado que sus celos eran infundados, así son las cosas. Yo no tenía que agregar nada más y, como le había cobrado por anticipado, el tipo salió de mi despacho con la barbilla alzada.

Bueno, al diablo con él.

Almorcé en lo de Evans y luego me metí en mi descapotable color azul, modelo tres años atrás. Corrí desde el centro hacia Montebello y luego empecé a subir por la pendiente que conducía a Pió Pico.

Por toda aquella parte se alzaban las mansiones de los potentados, artistas de cine, productores, directores y demás gente de Hollywood, aunque también los había de otras profesiones, como Frederic Benson, que era propietario de un diario.

La carretera trazaba muchas curvas.

De pronto, cuando giraba el volante para coger una de ellas, llegó por la otra parte, a una velocidad endiablada, otro coche.

Yo no podía evitar la catástrofe. Era cuestión del otro conductor. Por fortuna demostró su pericia, de lo contrario ninguno de los dos lo habría contado.

Frenó bruscamente, pero iba demasiado lanzado y su proa chocó contra el guardabarros izquierdo de mi «Buick». Para entonces, yo estaba casi detenido y la embestida me hizo estremecer el cerebro.

Tras el golpe, oí la voz:

—¿Qué hacía ahí, maldito pelagatos?

Era una mujer. Y me llamaba pelagatos. Era ella quien conducía temerariamente, pero yo era el culpable.

La conmoción me había dejado la barbilla sobre el pecho, alcé

los ojos y la vi en el momento en que salía de su coche, un «Jaguar». Era una nena de clase especial, una rubia de esas que uno solo ve en los almanaques. Cubríase con una blusa cuyos faldones le caían fuera de los *shorts* en que embutía la parte superior de sus esbeltas piernas. El cabello corto, los ojos verdosos, chispeantes de furia, y los labios muy rojos, semigruesos. Puso los brazos en jarras delante de mi coche.

—¿Qué le pasa? ¿Se quedó mudo…? Debió hacer sonar el claxon.

Yo lo había hecho sonar.

—Debió ceñirse más por su lado.

Me había ceñido todo lo que había podido.

—Debía circular en patinete.

También tuve un patinete, pero eso quedaba muy lejos.

Vi una piedra blanca a la izquierda. No era muy roma. Era un buen lugar para sentarse.

Abrí la portezuela, la cerré despacio y caminé hacia la rubia.

—Esto le va a costar caro —dijo—. Le denunciaré. Tenga por seguro que le denunciaré.

Llegué ante ella y fue entonces cuando me moví muy aprisa. La atrapé por la cintura y di un tirón apoyando su cuerpo sobre mi cadera.

Ella trató de mover los brazos, pero la mantenía bien sujeta y entonces se puso a patalear.

—¡Maldita sea…! ¡Suélteme! ¿No me oye? ¡Suélteme!

Hice como que la iba a soltar, pero sólo le di media vuelta, justo cuando me sentaba en la piedra. Fue un movimiento sincronizado y de esa forma ella quedó sobre mis rodillas, boca abajo.

Empezó a escupir cosas raras. Entonces respiró profundamente y empecé mi trabajo.

Juro que le pegué con ganas, y ya saben ustedes dónde. Ella no cesó de patalear y, cuando me empezó a arder la mano, me levanté bruscamente y la rubia cayó en el suelo.

Fui a alejarme de su lado, pero de pronto se levantó con una piedra en la mano. La sujeté por la muñeca y se la retorcí llevándole el brazo a la espalda.

—¡Es usted un canalla! ¡Ha pegado a una mujer!

—¿A qué mujer?

Dobló la cabeza y me miró con ojos cargados de odio. Sus rojos labios estaban húmedos porque la exasperación le hacía trabajar intensamente sus glándulas salivares.

—Ya ha recibido lo que le debieron dar hace muchos años —dije.

—¡Bastardo!

—Gustosamente le ofrecería una sesión por día, pero tengo muchas ganas de perderla de vista. Tire la piedra.

—No.

Le retorcí un poco más la muñeca.

—Vamos, arrójela.

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y finalmente abrió los dedos. La piedra cayó al suelo y la alejé con una patada hacia el otro lado de la carretera.

La dejé libre otra vez y estuvo a punto de caer, pero logró apoyarse en el terraplén que había cerca, ahora sollozó. Pero no era porque yo le hubiese hecho daño físico. Era otra clase de dolor, aposté a que nadie la había humillado como yo antes de ahora.

Monté en mi descapotable, y, sin dirigir siquiera una mirada a la rubia, seguí mi camino hacia arriba.

Durante unos instantes pensé que volvería a tomar aquella piedra con que había querido obsequiarme, pero eso no llegó a ocurrir.

El portón de la mansión de Frederic Benson estaba abierto.

Crucé por un camino flanqueado por añosos árboles y al doblar una curva vi la gran extensión de césped de un verde brillante con la casa blanca al fondo. Había unas edificaciones accesorias a la derecha, y a la izquierda la piscina. La puerta del porche estaba abierta y allá había un criado muy tieso.

Detuve el «Buick» y subí la escalinata. El criado hizo una inclinación.

—Soy Red Wyler —dije.

—Por favor, señor Wyler, sígame.

Fui conducido a una biblioteca donde no había nadie. El criado me sirvió un *whisky* en una bandeja. Era un licor estupendo.

Estaba observando un cuadro donde se reflejaba un viejales que parecía estar a punto de estornudar cuando oí que se abría una puerta a mis espaldas.

Un hombre de unos sesenta años, de cabello blanco y porte altivo, se me acercó tendiendo su mano.

—¿Señor Wyler…? Soy Frederic Benson.

Cambiamos un apretón de manos y luego se me quedó mirando.

—Parece que el señor Brennan tiene mucha confianza en usted.

—Leo y yo nos conocimos un par de años atrás.

—Oh, sí —dijo haciendo un gesto con la mano, y eso quería decir que no estaba dispuesto a soportar ninguna historia sentimental.

Me señaló un sillón y él ocupó el de alto respaldo detrás de una mesa.

Me miró otra vez y yo le miré a él. Por si nos íbamos a pasar así todo el día, me arrellané, encendí un cigarrillo y saboreé otra vez el *whisky*.

—Se trata de mi hija, señor Wyler. Ha llegado a constituir un problema para mí.

No tenía que decirle nada de momento, de modo que continué callado.

—Creo que Perla está en un apuro.

—¿Qué clase de apuro?

—Me temo que la están extorsionando.

El asunto se ponía más interesante. Observé al tipo que había en el cuadro. Debió padecer catarro crónico y quiso matarlo con *whisky* porque la nariz del tipo era muy bulbosa, tirando a colorada.

—¿Qué le hace suponer que la están extorsionando, señor Benson? —dije volviendo a mirar al Benson vivo.

—Tengo asignados a mi hija mil dólares mensuales para sus gastos.

Estuve a punto de decirle que lo que le pudiese pasar a su hija era culpa suya por haberla acostumbrado a aquel despilfarro, pero pensé que no le iba a gustar.

—Últimamente, me he dado cuenta de que mi hija no tiene bastante con esos mil dólares. Ella ha vendido o pignorado sus mejores joyas, entre ellas un pendentif que perteneció a su madre, algo de mucho valor.

—¿Cuánto?

—Unos cincuenta mil dólares. Perla sólo lo lucía en los grandes acontecimientos.

—¿Está seguro que la desaparición ha sido obra de Perla?

—Desde luego. Sólo ella lo guardaba en una caja fuerte que tiene en su habitación. Hace tres días celebré el aniversario de mi boda con su pobre madre —hizo una pausa y bajó los ojos al suelo.

Guardamos cinco segundos de silencio en memoria de la señora Benson y luego él alzó otra vez la mirada.

—Le rogué a Perla que se pusiese el pendentif y ella dijo que se lo había dado al joyero porque se había desprendido uno de los brillantes. Conozco a su joyero porque es el de la familia, el señor Whitaker, de la Quinta Avenida, de modo que lo llamé al día siguiente y el señor Whitaker me dijo que él no tenía el pendentif, que no lo había visto desde que hace diez años mi mujer se lo llevó para engastarle un diamante.

Hubo otro silencio.

—¿Qué más puede decirme, señor Benson? —pregunté.

—Cuando recibí el informe del joyero, pensé que la cosa empezaba a adquirir gravedad. Llamé al Wilshire Bank. Perla tiene allí una cuenta especial. Mi mujer poseía un paquete de acciones de unas minas de cobre de Montana que al morir dejó a Perla. Los dividendos anuales de esas acciones son adjudicados a Perla a través del Banco. No es una cantidad muy grande, pero supone para Perla unos ingresos extraordinarios de unos ocho mil dólares por año. El director del Wilshire Bank me comunicó que la cuenta de Perla estaba totalmente exhausta.

—¿Pidió usted detalles acerca de cómo se hicieron los pagos?

—No quise. Eso hubiese despertado sospechas.

—Comprendo.

—Eso es todo, señor Wyler. Le he llamado para que se ocupe del asunto.

Hice un gesto afirmativo.

—¿Está al corriente de las correrías de su hija?

No le gustó eso de las correrías y arrugó la nariz.

—Perla es una chica muy independiente. Hizo que le comprase un *bungalow* en Venice y ella se pasa la mayor parte del tiempo allí. Le podría citar algunos nombre de sus amistades, pero no vale la pena, ya que sólo podrían servir de confusión para usted —inspiró otra vez—, de todas formas, me he preocupado de que pueda conocerla aunque sea de lejos para que inicie inmediatamente su

trabajo, a las doce cité a mi hija en el restaurante Château, del *boulevard* Santa Mónica. Yo no pienso acudir. Cuando pasen diez minutos de la hora le haré una llamada telefónica excusándome, pero naturalmente usted estará allí, ahora le entregaré a usted una fotografía para que la pueda identificar.

Sacó la fotografía de la cartera y empezó a alargar el brazo, pero luego lo encogió.

—Perdone, creo que no hemos hablado de honorarios.

—No, no hemos hablado —asentí—, acostumbro a cobrar sesenta dólares diarios más los gastos.

Sacó un talonario de cheques y se puso a escribir. Luego arrancó el talón y me lo entregó junto con la fotografía.

—Creo que eso le dejará satisfecho. Si invierte más de una semana en su investigación volveríamos a tratar este asunto.

Miré el talón. Era un número de cuatro cifras. Mil dólares. Me dejó muy satisfecho. Luego di la vuelta a la fotografía.

Perla Benson era la rubia a la que yo había vapuleado una media hora antes.

CAPÍTULO II

Bebía mi segundo *whisky* cuando ella entró en el local.

Un mozo le salió al encuentro con una sonrisa estereotipada en el rostro.

Me volví de espaldas en el bar.

—Por favor, señorita Benson —dijo el mozo.

Ella fue tras él, ocupando una mesa del fondo. Naturalmente, había cambiado su indumentaria. Los *shorts* y la blusa habían sido sustituidos por un vestido estampado con mucho vuelo que dejaba al descubierto sus brazos y sus torneadas pantorrillas.

Se puso a leer la carta y luego habló al mozo, el cual se alejó de ella, no sin antes doblar otra vez el espinazo.

Al quedar sola, Perla encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Pensaba maravillosamente, con la barbilla apoyada en el puño, la boca entreabierta.

El mozo le llevó un vermut y ella lo hizo desaparecer en muy pocos segundos.

Al cabo de un rato consultó el reloj. Siguió fumando y otra vez miró la esfera. Finalmente, se puso en pie, habló con el mismo mozo de antes y se metió en una cabina telefónica.

Perla se había adelantado a la llamada de su padre. Poco después la vi salir de la cabina y se encaminó a la calle.

Yo había abonado mi consumición para el caso de que eso pudiese ocurrir y fui en pos de la joven.

Montó en su «Jaguar» y me di mucha prisa en ir por mi «Buick».

Dio la vuelta por el McArthur Park y siguió por Harbor Freeway hasta llegar a la avenida Santa Bárbara, y entonces dobló hacia Culver City.

Dejamos atrás los estudios de la Metro y fuimos hacia Venice, de

modo que me imaginé que iba a su *bungalow*. Había elegido bien el sitio. Era un paisaje de ensueño. El océano Pacífico al fondo y un verde césped al otro lado.

Había una veintena de *bungalows* y Perla introdujo el coche en el más alejado, siguiendo la dirección de la Playa del Rey.

Esperé un par de minutos y luego puse en marcha otra vez el «Buick» pasando de largo frente al *bungalow*. Vi el «Jaguar» en la cochera, cuyas puertas había dejado entreabiertas.

Di la vuelta por detrás, donde estaba la segunda hilera de *bungalows*, y estacioné mi coche bajo una palmera. Siempre llevo un *slip* en el portaequipajes. Es una buena costumbre viviendo en California, apreté el botón para subir la capota del coche y me desvestí allí poniéndome el *slip*. Luego, me coloqué las gafas negras, cogí el tabaco y el diario, mi cartera que guardé en el bolsillo impermeable, el llavero y un frasco de *whisky*, y me largué con todo ello a la playa que estaba a menos de treinta yardas del *bungalow* de Perla. Me acomodé en la arena tendiéndome de bruces, de forma que pudiese vigilar el *bungalow*. Cabía la posibilidad de que ella saliese precipitadamente de casa en su coche, pero ése era un riesgo que tenía que correr.

Nada pasó durante la primera media hora y continué mi entretenimiento con las carreras.

—¿Tiene fuego? —Oí de pronto una voz detrás de mí.

Me volví y vi al tipo. Era muy alto y tenía la nariz chata. Cubríase con un traje blanco de paño tropical, sombrero de paja y sobre su pecho exhibía una corbata que hacía daño a la vista. Sus ojos porcinos me miraban atentamente.

Le di el encendedor y él prendió fuego a lo que le quedaba de un grueso cigarro. Luego me devolvió el encendedor.

—Gracias —dijo.

No se fue. Se quedó allí desparramando la mirada sobre el mar.

—Qué hermoso es todo esto —dijo. Dio media vuelta y me miró esperando que yo conviniese con él en que todo aquello era muy hermoso, pero no le dije nada. Chascó la lengua—. Tengo que traer a mi mujer aquí. Juro que la traeré.

Me dirigió una sonrisa y luego echó a andar.

Hice como que no le prestaba atención, volviendo la mirada al diario.

Al cabo de unos instantes, le vi doblar por el *bungalow* próximo al que ocupaba Perla Benson.

Y entonces salió ella, ahora encerraba su cuerpo en una malla de una sola pieza que moldeaba sus formas juveniles. No era una mujer, sino una diosa.

Ella también se había puesto unas gafas negras y con la otra mano portaba una sombrilla y, pendiendo del hombro, un gran bolso de rafia.

Bajé la cabeza y la mantuve así un rato.

Perla se detuvo a unas diez yardas de donde yo estaba, clavó la sombrilla en el suelo y abrió ésta. Luego se sentó y se puso a leer una novela que sacó del bolso.

Una canoa con motor fuera borda pasó por enfrente, alguien que iba dentro movió el brazo. En aquella parte de la orilla, en una extensión de unas cincuenta yardas, éramos unas veinte personas. Desde luego, el tipo no me saludaba a mí.

Perla interrumpió la lectura para mirar la canoa, pero no contestó al saludo.

La embarcación trazó una curva airosa e inició el camino de regreso, ahora pude ver que en ella viajaban dos hombres.

Al llegar frente a nosotros, el motor interrumpió sus ronquidos. Un tipo se tiró al agua y empezó a nadar hacia la orilla.

Cuando salió del mar se encaminó hacia donde estaba Perla, saludándola alegremente:

—Hola, Perla.

Él también pertenecía al Club de los Tipos Estupendos. Se podía presentar al título de Míster América con grandes posibilidades de éxito. Poseía un cuerpo de atleta y cabeza redonda de rostro bello.

Observé mis grandes piernas cubiertas de pelo enmarañado, y sentí vergüenza.

Se estrecharon la mano, pero ella siguió sentada y entonces el Apolo se dejó caer a su lado.

El aire me traía sus voces.

—Te estuve esperando —dijo él.

—Lo siento, Paul, pero ya empecé el día mal.

—¿Qué te pasó?

—Mi padre me plantó. Lo de siempre, no sé qué negocio.

—¿Es sólo eso…?

—Lo otro fue mucho peor.

—¿El qué?

—Un canalla me pegó.

—¡No, Perla!

—Sí, Paul. Me pegó… Si volviese a encontrarme con ese miserable…

—Dime quién es —exclamó con voz rabiosa.

—El caso es que no lo sé. Es la primera vez que lo veía.

—¿Cómo te pudo pegar sin conocerte? No lo comprendo.

Se lo contó todo, pero, naturalmente, lo hizo a su manera. Yo era un gorila, un tipo que se había aprovechado de su corpulencia y de que ella era una mujer.

—¿No tomaste el número de su coche? —inquirió Paul.

—No. ¿Crees que estaba yo para eso? Además, se dio a la fuga enseguida. Debió temer que alguien pasase por allí y le complicasen las cosas.

Paul preguntó qué clase de coche pilotaba aquel monstruo y ella dijo que era un descapotable color azul.

—A mí también me gustaría encontrármelo —dijo Paul—, pero anda, olvídalo y vamos a bañamos, te llevaré adonde quieras. ¿Te parece bien a la isla de Santa Catalina?

Ella asintió.

Paul hizo una señal al tipo que se había quedado en la lancha y éste acercó la embarcación un poco más a la playa. Luego Perla y su aspirante a Míster Universo se metieron en el mar, él llevando la sombrilla y el bolso de rafia.

Saltaron a la lancha y poco después ésta emprendió el viaje a la isla.

Esperé hasta verlos convertidos en un punto en el mar azul y entonces me levanté y eché a andar hacia el *bungalow* de la joven. Empujé la cancela del jardín y subí al porche.

Perla había cerrado la puerta con llave, pero eso no era ninguna dificultad para mí. Saqué mi llave mágica del bolsillo de plástico y en un instante estuve dentro de la casa.

Me detuve en el vestíbulo al oír un ruido dentro. Esperé pensando que quizá había oído mal, pero no. Se repitió. ¿Tendría ratas el *bungalow*?

Desde la amplia terraza podía ver el vestíbulo muy espacioso,

decorado al último grito. En el suelo, cerca del hogar, había una piel de leopardo. También un bar funcional y sillones del mismo estilo, a la izquierda había una puerta que debía conducir a la cocina y a la derecha otras dos. Una de ellas, la más alejada, estaba entreabierta, y de allí procedía el ruido. Caminé de puntillas y me asomé por el hueco. Era una rata muy grande que se cubría con un traje blanco de paño tropical y se ocupaba en vaciar el contenido de una valija.

—Hola —dije.

El tipo que había jurado llevar a su mujer a la playa de California se volvió mostrando en su diestra una pistola tan grande como su mano.

CAPÍTULO III

Sus ojos porcinos me observaron otra vez de la cabeza a los pies.

—¿Qué hace aquí? —pregunté como si acabase de caer de una nube.

—Éste no es su *bungalow*.

—El suyo tampoco.

—Me siguió, ¿eh?

—No.

—Ya comprendo —dijo—. Le envían los otros.

—Seguro.

—Y no trae una sola arma consigo.

—Me llamo Johnny *Sin Pistola*. Todos mis trabajos los realizo sin utilizar armas de fuego, cortantes o punzantes.

—Apuesto a que es un chiste.

—Bueno, muchacho, ¿qué te parece si te ayudo?

—¿A qué? —Frunció el ceño.

—A encontrar lo que buscas.

—¿Qué es lo que busco?

Era un diálogo la mar de interesante. Yo no sabía nada, pero allá estaba tratando de desenroscar el tapón del frasco para oler la esencia.

—¿Sabe lo que le digo? —sonrió torciendo la boca—. Usted se ha complicado mucho la vida entrando aquí, ahora lo tendré que madrugar.

—¿El qué?

—Matar, liquidar.

—No estarás hablando en serio —sonreí—. Soy un tipo que se portó bien contigo. Te di lumbre.

—Ahora se la daré yo. —Echó a andar hacia mí apuntándome al

centro del pecho—. Lo siento, compadre —dijo—, pero usted se lo buscó. En mi trabajo, no puedo tener lástima de nadie.

—Soy la mar de comprensivo. Daré media vuelta y me largaré.

Empecé a girar los talones, pero él no me dejó terminar.

—¡Quieto!

Quedé inmóvil otra vez y, al mirarle a la cara, supe que iba a disparar. Era así de tranquilo. Un profesional del gatillo. Con sus sueños, sus preocupaciones y su mujercita que nunca había visto el océano Pacífico. Pero a mí me iba a enviar a la losa fría.

—Escuche —dije, y alargué la mano.

Lo distraje un segundo y salté pegándole con el filo de la diestra en la muñeca armada.

Soltó una maldición mientras dejaba caer el arma.

Luego le cogí un trozo de carne del estómago y se lo retorcí. Éramos dos pesos pesados y él entró en acción enviándome un rodillazo al vientre. Cuando venía hacia adelante tragando aire, le golpeé con la frente en su chata nariz. Esperé oír un crujido, pero, donde los demás tenemos el hueso, él sólo tenía cartílagos. Me respondió con otro cabezazo que me hizo rechinar los dientes porque me pilló en la ceja. Luego me hundió el puño en el hígado enviándome contra la pared.

Empezó a agacharse para coger la pistola y ése fue un buen momento para que yo le mostrase mi habilidad en el judo. Me alcé en el aire por encima de él y caí justo en sus espaldas. Mis noventa kilos le enviaron contra el suelo de bruces. Oí el chasquido que producía su cara al chocar contra la madera y me revolví pasándole una mano por el cuello, pero ya no hacía falta que le hiciese nada porque el tipo había perdido el conocimiento.

Respiré hondo y tomé su pistola. Era una «Luger» y estaba repleta de balas. Eché una mirada al tipo y lo vi descansando. Entonces salí del dormitorio y fui al bar funcional del vestíbulo.

Me preparé una ración de *whisky* con unos cubitos de hielo y estaba bebiendo el primer trago cuando oí un ruido en la habitación donde estaba el pistolero. Corrí hacia allá con el arma en la mano y entré en el cuarto cuando él ya había saltado por la ventana. Maldije por haberme confiado, pero, después de todo, no habían pasado siquiera dos minutos desde que me separé de él. Le oí correr por el jardín, pero decidí no seguirle. El tipo podía tener compañía

y la gente que vivía en aquellos *bungalows* se apresuraría a llamar a la policía si me viesen correr por aquellos andurriales con el *slip* y una pistola en la mano.

Nariz Chata podría venir con un compañero si quisiese, ahora me encontraría bien dispuesto a recibirle.

Quizá hubiese perdido una gran oportunidad para saber algunas cosas acerca de Perla Benson que me interesarían mucho, pero el tipo se había largado y tenía que conformarme.

Bueno, ¿qué era lo que él buscaba? La valija todavía estaba volcada en la cama. Vi algunas prendas de mujer, prendas íntimas de gusto refinado, y tuve que apartar de mi pensamiento ciertas imágenes.

Lo revisé todo sin encontrar nada de particular.

Metí la ropa en la valija y la devolví al placard de donde Nariz Chata la había sacado, allí había otros vestidos colocados en perchas y arriba una caja de las que utilizan las mujeres para guardar sombreros. Registré los bolsillos de un par de abrigos con resultado infructuoso. Finalmente, atrapé la caja de sombreros. Dentro había uno muy mono, de esos que parecen un casquete.

Perla Benson debería estar preciosa con aquel «güito». Lo saqué de allí y entonces descubrí la llave que había en el fondo. Era una llave plana, pequeña, como esas que abren los armarios de alquiler de la estación de autobuses. Uno echa por una ranura los veinticinco centavos y automáticamente la puerta del armario se abre y adentro está la llave. Sólo se tiene que dejar cualquier cosa allí en depósito, luego uno cierra con la llave y se lo lleva.

Aquella llave tenía tres iniciales y un número:

E. S. M.

324, aposté a que quería decir Estación de Santa Mónica. ¿Sería lo que Nariz Chata había ido allí a buscar? Bueno, tenía algún tiempo para comprobarlo. Perla se había ido con su amigo a la isla de Santa Catalina y quizá no regresasen en una hora o dos.

Bebí todo el *whisky* y después de limpiar el vaso lo dejé en su sitio.

Salí del *bungalow* y miré en mi derredor sin observar nada sospechoso. Quizá Nariz Chata me había tomado tanto miedo que decidió largarse para siempre. O también pudo ir al jefe a decirle que yo le había hecho pupa.

Dejé la puerta como la había encontrado al llegar y regresé a mi descapotable. Me vestí rápidamente, y como cosa de veinte minutos más tarde, después de dejar aparcado mi «Buick», entraba en la estación de autobuses de Santa Mónica.

Fui directamente donde estaban los armarios.

El 324 estaba en un rincón. Había un tipo que estaba sacando algo de uno de los depósitos y me distraje un poco esperando que se largase. Finalmente, me encontré solo y abrí el armario. Dentro había una caja de madera. La alcancé y abrí la tapa.

Allá dentro estaba el pendentif que el señor Nelson regaló a su mujer cuando el asunto de su boda. Lo tomé en mis manos y lo sospesé. Había muchas piedras engarzadas. Consulté el reloj y me dije que quizá estuviese la suerte de mi parte. Guardé el pendentif en la caja y metí ésta en el bolsillo, cerrando otra vez el armario.

Quince minutos más tarde apretaba el timbre de un feo edificio que se levantaba en el *boulevard* Sepúlveda, allá había muchos apartamentos y yo estaba ante la puerta señalada con el número siete. Del interior me llegó un raído, alguien quitó la cadena desde el interior y la puerta se abrió unas pulgadas. Por el resquicio vi aparecer la cara de mi amigo Luke Johnson.

—Hola, Luke —le saludé.

Sus ojos pequeños parpadearon y su boca se torció en una mueca al reconocerme.

—Infiernos, Red, no pensaba que fueses tú.

Terminó de quitar la cadena y me abrió.

Estuve a punto de marcharme otra vez. El apartamento olía a cebolla, a patatas y a cerveza rancia.

Luke estaba en camiseta y jamás la podría poner en venta porque estaba sucia y llena de agujeros. Sonrió, enseñándome sus melladuras al tiempo que me señalaba un sillón cubierto de periódicos. Los aparté y me dejé caer.

—¿Sigues dedicándote a las joyas, Luke? —pregunté.

Levantó las manos como si yo le acabase de decir que era un hijo de perra. Es posible que se lo dijese más tarde, pero no ahora porque quería iniciar el diálogo en tono amistoso.

—Ahora soy honrado —dijo.

Puede que tuviese razón.

Saqué la caja del bolsillo, extraje el pendentif y lo puse en alto.

Sus ojos siguieron su balanceo como si manase de él un fluido hipnótico.

—Caramba, Red. ¿Dónde lo «mangaste»?

—Quiero que me digas cuánto vale.

Se frotó las manos y alargó la diestra para cogerlo.

—Lo harás aquí mismo, ante mis ojos.

Me miró otra vez con aire ofendido, pero luego movió la cabeza en sentido afirmativo y se metió en una habitación donde estuvo hurgando en alguna parte, a poco regresó con el material que necesitaba para examinar el pendentif.

Invirtió cosa de diez minutos en su trabajo y de pronto arrojó el pendentif sobre mis piernas. Tuve que darme mucha prisa para que no cayese al suelo.

—¡Maldito seas, Luke! La joya no es mía.

Se echó a reír.

—¿La joya…? ¿Qué joya?

—Pertenece a una linajuda familia de la ciudad.

—La familia será todo lo linajuda que quieras, pero este trasto es tan falso como Judas. —Te pregunté su valor.

Rió otra vez muy divertido.

—Puedes conseguir todos los que quieras a quince dólares la pieza.

—No está en venta, Luke.

—No tengo dinero, pero si lo tuviese no podría darte más de seis o siete dólares —se mojó los labios con la lengua—. Óyeme, Red, tú sabes que soy el mejor perito de este lado de la costa.

—Por eso vine aquí, pero también eres un tipo demasiado vivo. ¿Quién me dice que estás diciendo la verdad?

—Red, por favor, estoy muy mal de pasta. Te iba a llamar para que me dejases unos dólares.

Naturalmente, él no había pensado en mí. Seguro que llegó a olvidar que existía, pero había caído en su apartamento en el momento justo.

—Tú sabes mucho, Luke, ¿quién ha podido hacer una imitación como ésta?

Se quedó pensativo pellizcándose el mentón y volvió a coger el pendentif. Otra vez lo examinó minuciosamente.

—Está claro. Es cosa de Samuel Harbour.

—¿Estás seguro?

—Sí, Red. Samuel trabaja bien, pero tiene un defecto. Hace demasiado delgados los engarces. Cuestión de diez millonésimas de pulgada, aunque para un técnico como yo es apreciable.

—Los técnicos como tú tenéis mucho cuento.

—Te estoy diciendo la verdad, Red.

—Está bien, Luke. Dame la dirección de Samuel Harbour.

Me la dio y recuperé el pendentif encaminándome hacia la puerta.

—Eh, Red, te olvidas de algo.

Saqué un fajo de billetes y aparté tres. Observé los dedos de Luke y vi cómo se movían nerviosos. Entonces aparté otros dos dólares y le metí cinco entre la camiseta y el pantalón. Sonrió cuando salía.

—Eres un gran amigo, Red. Sí, señor, un gran amigo.

Después de abandonar la casa me dirigí a la cabina de un bar. Busqué en la guía el número de Samuel Harbour y lo marqué.

Cuando descolgaron a la otra parte dije:

—¿Señor Harbour?

—Sí.

—Aquí el capitán Prescott, de la policía.

—¿Cómo?

Prescott era un tipo bien conocido por su mal carácter.

—Oiga, Samuel, no se haga de nuevas, ¿o es que me va a decir que no me conoce?

—Desde luego, capitán Prescott. Dígame usted…

—Quería preguntarle acerca de un asunto, pero ahora que lo pienso, será mejor que le envíe a uno de mis hombres. Dentro de un rato llegará ahí el sargento Ray Fenn.

—Sí, capitán, a sus órdenes siempre.

—Atiéndalo en todo lo que él le pregunte.

—Desde luego, capitán. No faltaba más.

Enseguida colgué.

Al cabo de un rato me dirigí a la calle donde se ubicaba el negocio de Samuel Harbour, al empujar la puerta, se produjo un campanilleo.

Vi a un tipo de unos cincuenta años detrás de un mostrador, allí había muchas joyas, cuadros y otros objetos de antigüedades.

—¿Señor Harbour? —dije—. Soy el sargento Ray Fenn. El capitán Prescott ya le ha hablado a usted de mi visita.

—Sí, sargento —me observó con atención—. Dígame, sargento.

—Verá usted —hice una pausa y saqué el pendentif. Yo estaba observando su rostro y vi cómo el párpado izquierdo le cogía un tic nervioso—. En el departamento queremos saber quién fabricó esto.

Me miró a los ojos y debió comprender que yo lo sabía.

—Yo mismo lo hice, sargento. ¿Qué es lo que ocurre?

—Asunto confidencial, señor Harbour. ¿Quién le dio este encargo?

Se mojó los labios y luego se empezó a pellizcar el inferior.

—Bueno, lo tengo registrado en mi libro.

Se agachó sobre el mostrador y sacó un grueso tomo de folios. Lo abrió por la mitad y se puso a pasar hojas hasta llegar a la que buscaba.

—Aquí está, sargento. Fue hace seis días. El trabajo fue encargado por la señorita Carrie, Miriam Carrie, que vive en el número 138 de la calle Artesia.

—¿Le depositó ella la joya original?

—Desde luego.

—¿Quiere describirme a esa mujer?

Se quedó pensativo un rato.

—Era una pelirroja.

—¿Está seguro, Samuel?

—Desde luego. Mi ojo es una máquina fotográfica —miró a un punto indefinido por encima de mi cabeza—. Tendría unos veinticinco o veintiséis años de edad, talla normal y cara bonita, de pómulos salientes y ojos azules… Exacto, se cubría con un *sweater* blanco y una falda gris.

—¿Cuánto invirtió usted en el trabajo?

—Tres días.

—¿Vino la misma persona a recogerlo todo?

—Sí. Se llegó otra vez la pelirroja y vestía lo mismo que la primera vez, el *sweater* blanco y la falda gris.

Di unos pasos por la estancia. Luego me detuve mirando a mi interlocutor.

—¿No le extrañó eso, Samuel?

—¿El qué?

—La joya original debía tener mucho valor.

—Es posible.

—¿Cuánto calculó usted?

—Cinco o seis mil.

—Diga la verdad.

Carraspeó suavemente.

—Está bien. Puede que fuesen cuarenta mil.

—¿Y por qué no cincuenta?

Se pasó el dorso de la mano por la boca y de pronto la apartó para responder:

—Después de todo, es corriente que el dueño de una joya como ésa intente sacar un duplicado. No sabía que fuese robada, sargento.

—Nadie le ha dicho que ha sido robada, ¿entendido, Samuel?

—Sí, sargento.

Me encaminé hacia la puerta y con la mano en el tirador me volví.

—Oiga, Samuel, recuerde esto. Es asunto confidencial. No diga nada a nadie, de lo contrario, se verá en dificultades.

—Descuide, sargento.

Fui a la calle Artesia y entré en el edificio marcado con el número 138. Era tan antiguo como el de Samuel Harbour, a la entrada había un muchacho de unos veinte años que leía historietas.

—Estoy buscando a la señorita Carrie —dije cuando me miró—, asunto oficial, Departamento de Trabajo. Soy el inspector McCully.

—Sí, inspector —dijo el muchacho—, pero la señorita Carrie no está.

—¿Dónde fue?

—¿Quién sabe eso? Salió esta mañana y todavía no ha regresado.

—¿No trabaja en ninguna parte?

Sonrió divertido.

—Trabaja, si llama usted trabajar a lo que ella hace.

Era un muchachito muy insolente. Bebía los vientos por Miriam Carrie y ella no le hacía caso. Eso era obvio.

—¿A qué hora de la noche acostumbra a estar en el apartamento?

—Puede que venga a las nueve o a las once o a las dos de la

mañana. Su horario depende de la faena, ¿sabe, míster?

Me hubiese gustado descargarle un puñetazo en la boca, pero con eso no iba a adelantar nada.

Salí de la casa. Fui a la estación de Santa Mónica y devolví el pendentif al armario 324. Ya habían transcurrido una hora y veinte minutos cuando llegué otra vez bajo la palmera, cerca del *bungalow* de Perla Benson.

Anduve hacia la parte principal y observé el «Jaguar» que estaba en la cochera. Las puertas no habían sido movidas de su sitio.

Subí al porche y comprobé que la puerta seguía cerrada con llave.

Abrí con la mía y fui directamente al dormitorio donde había conocido a Nariz Chata. Devolví la llave a la caja de sombreros y lo dejé todo tal como estaba.

De pronto oí un chasquido. La puerta había sido abierta desde fuera.

Me moví rápidamente hacia la ventana. Subí la corredera y salté como lo había hecho Nariz Chata.

Luego cerré la ventana y di la vuelta a la casa.

No quería que Perla me viese de momento o todo lo echaría a perder. Ella había hecho sacar un duplicado del pendentif de su madre. ¿Por qué? Teniendo en cuenta que Perla y yo nos habíamos conocido en unas circunstancias un poco extrañas, no podía llegarme ante ella y decirle: «Oiga, señorita Benson, su padre me contrató para sacarla del apuro en que se encuentra, cuénteme la verdad, y verá cómo le demuestro la clase de tipo que yo soy», antes de que hubiese empezado a hablar, Perla se pondría a dar chillidos o habría llamado en su auxilio al vecindario. No; por ese camino no llegaría a ninguna parte. Tenía que tomarlo con un poco de paciencia.

Regresé al coche y me puse a fumar y beber *whisky*. Desde aquel lugar podía ver salir al «Jaguar» en las dos direcciones que podía escapar, hacia la Playa del Rey o hacia Santa Mónica para torcer hacia Los Ángeles.

Las horas se fueron desgranando sin que nada ocurriese. Eso es lo peor de la profesión, esperar que se produzca un acontecimiento.

Ya era media tarde cuando vi al «Jaguar». Iba hacia Santa Mónica y en él solo viajaba ella, Perla Benson.

Perla Benson detuvo su coche en la playa de una estación de servicio de la avenida Lincoln y se dirigió resueltamente hacia el bar que había a la izquierda.

Yo permanecí un rato en mi convertible y finalmente salté del coche y fui también al bar.

Vi a Perla en una mesa con un hombre. Éste no era Paul. Estaba por los treinta y cinco años de edad y era de piel bronceada, rostro anguloso y bigote finamente recortado. Se cubría con un traje de gabardina azul y camisa a rayitas negras y rojas, de cuello abierto, sin corbata.

Perla hacía dibujos invisibles con el dedo sobre el mantel. Delante de ella había un *whisky*. El tipo le estaba diciendo algo y ella escuchaba con media sonrisa, a la izquierda había una vitrola automática que ahora estaba silenciosa.

Había otros clientes, dos de ellos subidos en los taburetes de la barra.

Me senté en uno de éstos sin preocuparme porque Perla me pudiese ver.

El mozo era un tipo con cara de amargado. Se llegó cerca y dijo como si me estuviese perdonando la vida:

—¿Qué va a tomar?

—Cerveza y un sandwich de carne.

—No hay carne.

Lo había leído en la pizarra que había enfrente.

—Entonces me gustará probar sus albóndigas.

—También se acabaron.

Le miré a la cara.

—¿Por qué no empieza por decirme qué es lo que tiene?

—No me gusta su tono.

—A mí tampoco el suyo.

Sus pupilas se empequeñecieron y durante un rato mantuvimos un reto de miradas.

Finalmente concedió:

—Le prepararé una tortilla con hongos.

—Procure no poner más de uno envenenado.

Iba a retirarse y se detuvo mirándome con una mueca. Luego prosiguió hacia el agujero que comunicaba con la cocina y voceó mi pedido.

Me trajo la cerveza.

Miré por el espejo. Perla estaba de espaldas y todavía no me había visto. Entonces salté del taburete y saqué una moneda del bolsillo deteniéndome ante la vitrola. La metí en la ranura y apreté el botón correspondiente a la pieza *Estoy muy solo*, interpretada por el trompetista Jerry Mulligan.

Me apoyé en la vitrola cuando Mulligan empezó a trompetear con mucha fuerza y fue entonces cuando Perla volvió la cabeza, no sé si para oír a Mulligan o para ver a la persona que había puesto en marcha el aparato.

Mi rostro permaneció inexpresivo, pero no el de ella, al descubrirme, sus ojos empezaron a abrirse más.

El tipo bronceado ya había alzado la mirada.

—Hola, ricura —dije acercándome—. ¿Se le pasó ya la rabieta?

Sus labios rojos se apretaron y por unos instantes me di cuenta de que trataba de dar forma a sus palabras. Finalmente, las soltó.

—¿Cómo se atreve?

—Nos separamos muy deprisa esta mañana, de modo que me felicito por haberla encontrado de nuevo. Hablé con los del seguro de mi coche y ellos me dijeron que quizá yo había resultado accidentado por la misma muchacha que va por ahí abollando todo coche que encuentra a su paso. Ellos han ofrecido una recompensa de quinientos dólares por encontrarla.

Su cara se puso roja como una amapola.

—¡Es usted un bruto! —exclamó.

Solté una risita.

—Resulta casi un requiebro en su boca teniendo en cuenta lo que me dijo esta mañana.

El hombre del traje de gabardina intervino:

—¿Quién es el tipo, Perla?

—Ni siquiera lo conozco —contestó ella, los senos estremecidos por la ira.

—Oh, no, preciosa. Eso no está bien —dije moviendo el dedo índice en el aire—. Usted y yo nos conocemos…, y yo diría que un poco íntimamente —hice resbalar mis ojos por su cadera.

El tipo se levantó.

—¡Lárguese!

Miré hacia el bar y vi mi bocadillo de tortilla con hongos en un

plato, amargado estaba detrás mirando en nuestra dirección con las cejas fruncidas.

Volví a mi sitio en el taburete.

El acompañante de Perla dijo con voz fuerte para que yo lo pudiese oír:

—Ya lo ves, esos tipos se achican en cuanto uno les tose.

Había decidido hacer aquella escena en propio interés de Perla. Pensaba seguirla a todas partes y, a partir de este segundo incidente, la chica creería que le pisaba los talones porque ella me había gustado.

—Si vuelve a meterse con otro cliente le rompo las narices —dijo Amargado.

—Será mejor que no lo intente —repuse.

Amargado pensó por un momento en atacarme, lo leí en sus ojos, pero luego decidió demorarlo un poco y se marchó hacia la otra esquina del mostrador.

Despaché el bocadillo y la cerveza y estaba encendiendo un cigarrillo cuando me tocaron en el hombro, al volverme vi al acompañante de Perla.

—La chica y yo nos vamos y he querido saludarle.

Vi que Perla estaba en la puerta mirándonos.

—¿Sí? —dije.

Me disparó el puño a la barbilla y doblé la cabeza muy rápidamente, aun así, no pude evitar el impacto de sus nudillos, aunque resultó bastante amortiguado. Trastabillé golpeando las espaldas contra el mostrador.

El tipo se equivocó al venir detrás de mí. Sacudí la cabeza dejándolo llegar y entonces le castigué el pómulo.

No lo hice con mucha fuerza, pero fue bastante para que saliese disparado con la velocidad de un cohete.

Se derrumbó sobre una mesa vacía, pero se incorporó muy deprisa y ése fue su segundo error. Debió quedarse allí para recuperarse, pero Perla lo estaba mirando y, después de asumir su papel de defensor de damas, debía de apechugar conmigo.

Echó a correr como si estuviese en un campo de *rugby* y tuviese la pelota bajo el brazo.

Salté a un lado y acompañé su impulso pegándole con la mano abierta en la nuca.

Nunca he visto a nadie estrellarse como él lo hizo. Golpeó con la cabeza y con los puños contra el bar y se derrumbó como un buey apuntillado.

Ahora pensé que Amargado lo iba a sustituir en la pelea, pero él resultó ser más listo que el tipo del traje de gabardina. Desde la otra parte, me miró con ojos de profesional. Se dio cuenta de que todo aquello no había sido más que un documental corto de lo que yo podría hacer cuando el coraje me calentase la sangre.

Miré a Perla. Estaba inmóvil, observándome. Ya había perdido su furia. Hubiera querido saber lo que había en su pensamiento. Nuestros ojos se encontraron y de pronto ella dio media vuelta y se dirigió hacia el fondo donde estaban los lavabos.

El tipo que yacía en el suelo se puso en pie y apoyó los brazos en el mostrador.

—Un *whisky* —dijo.

Amargado le sirvió el vaso y él lo tomó bebiendo de una vez el contenido.

Perla volvió a aparecer.

Al llegar junto a su compañero, me dirigió una mirada de soslayo.

—Vamos, Budd —dijo.

Budd se revolvió furioso, quedándose mirándome.

—Déjalo ya, Budd —insistió Perla.

—Jugó con ventaja. No peleó como los hombres…

—Anda, Budd, te dejaré en casa. —Perla lo cogió de un brazo empujándolo hacia la salida.

Los dos echaron a andar, pero él estaba todavía renqueante.

Pregunté a Amargado lo que le debía. Dijo que un dólar veinticinco centavos, y yo le dejé sobre el mostrador un dólar y medio.

Ya había oscurecido.

Vi a Perla y a Budd cuando subían al «Jaguar».

La joven dobló hacia el lado contrario en el que me encontraba. Luego corrí a la playa y subí en el «Buick».

El coche de ella ya había desaparecido, apreté a fondo el acelerador y lo vi a lo lejos. Si a Perla le daba por correr, tendría muy pocas probabilidades de seguirla. Pero la suerte estuvo de mi lado.

Llegados a Santa Mónica, se detuvo en la avenida Ocean y Budd saltó del coche y se despidió de ella.

La joven entonces dio la vuelta. La dejé cobrar alguna ventaja y también doblé en su persecución.

Fue ahora cuando empezó a correr. La aguja de mi velocímetro subió de los cincuenta a los sesenta y de allí a los setenta. Le gustaba la velocidad, como lo había probado en aquella carretera tan peligrosa que daba acceso a la mansión de su padre. Rogué al cielo que hubiese por allí algún policía de tráfico, pero esta vez me falló.

Corrí un rato por la avenida Ocean sin ver rastro del «Jaguar» y finalmente me detuve lanzando maldiciones para mis adentros.

De pronto recordé algo y al cabo de doce minutos aparcaba por segunda vez cerca de la estación de autobuses de Santa Mónica. Pasé frente al armario 324, pero allí no estaba ella. Regresé a la puerta principal y compré un diario de la noche. Había mucha gente que iba a emprender viaje o que había acudido a despedir a alguien.

Me apoyé en una columna echándome el diario a la cara. Maldito fuese, ¿qué probabilidades había de que ella viniese? Aquel pendentif estaba allí ya dos días. Lo mismo podía estar otros cinco.

Leí la página que tenía delante. «Guerra en Argelia». «Movimiento sísmico en Chile». «Inundación en la India». «Avión estrellado con sesenta y cinco pasajeros frente a Dakar». «Amenaza de conflicto armado en el Congo». Busqué apresuradamente la página de chistes. Iba por el segundo cuando Perla entró.

Caminó con paso resuelto en dirección a los armarios. Di la vuelta por el otro lado más rápidamente que ella y llegué a la esquina, junto al callejón donde estaba el armario 324. Me detuve y presté atención.

Oí perfectamente el repiqueteo de sus tacones hasta que se detuvo. Estaba junto al armario, del que tenía la llave. Oí un chasquido. Lo había abierto.

Luego lo cerró.

Otra vez echó a andar. Entonces salí de mi escondite y fui tras ella.

La vi salir por la puerta central.

Recordé su «Jaguar». ¡Por todos los infiernos! Si ella echaba a

correr otra vez, todo mi trabajo de aquel día no habría servido para nada.

Ella siguió andando por la acera, hacia el cine West.

Ocupé mi convertible y, al llegar a la altura del cine, la vi introducirse en su coche.

Observé el reloj. Eran las ocho y cuarto de la noche.

Tomó por el *boulevard* Santa Mónica hacia el templo Mormón y, después de dejar atrás el Teatro Chino, tomó por Hollywood Freeway.

Me eché a temblar porque ahora correría como una desesperada.

Otra vez brilló mi buena estrella porque siguió a una velocidad moderada y luego cogió la calle Alameda.

Aquella parte estaba llena de *bungalows* que fueron construidos poco después de terminar la Segunda Guerra Mundial, pero ahora habían pasado de moda y las casas ya no eran ocupadas por actores famosos, sino por agentes de Bienes-Raíces, empleados de los estudios y mucha gente jubilada de la industria del cine.

Había pasado muchas veces por allí teniendo ocasión de observar que algunos de los *bungalows* necesitaban una buena reparación.

La calle estaba mal iluminada.

Perla torció por una calleja y frené un poco, pero seguí rápidamente al ver que había saltado del «Jaguar» y se disponía a regresar a la calle Alameda.

La vi empujar la cancela de un jardín correspondiente a un *bungalow* que estaba a oscuras.

Aparqué rápidamente junto al bordillo.

Pero cuando llegué al *bungalow* ya no vi rastro de Perla, y la casa seguía a oscuras.

Permanecí pensativo unos instantes. Bien, ¿qué hacía ahora? Conservaba en mi bolsillo la pistola que había quitado a Nariz Chata y las instrucciones de mi cliente eran las de que debía sacar a su chica del apuro en que se encontrase.

Salté la verja, avancé agachado hacia el porche. Pasé por la baranda procurando no hacer ningún ruido y apliqué la oreja a la puerta.

Del interior no me llegó ningún ruido.

Puse la mano en el tirador para abrir.

Fue en ese instante cuando de dentro llegó el estampido de una pistola.

Capítulo IV

Entré como un ciclón.

No lo debí hacer. La casa estaba a oscuras. Tropecé con una silla y me derrumbé.

Oí pasos cerca y me revolví, pero de pronto algo me golpeó la cabeza. Creí que me hundía la base del cráneo… Fue como una explosión súbita, una explosión en la que no existía ninguna luz porque al menos habría visto algo. Todo estaba negro a mí alrededor y ahora se puso más negro. Fue como si cayese en el vacío y perdí la conciencia de todo.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero al fin empezaron a jugar mis sentidos. Estaba de bruces sobre la madera y algo fresco me corría por la frente. Era naturalmente sangre. Me toqué el lugar de donde brotaba. Sí; allí estaba la grieta. Era pequeña, aunque aquella parte se estaba inflamando mucho.

Presté atención, pero ahora, como antes de entrar en la casa, todo estaba en silencio.

—Perla —llamé.

No obtuve respuesta.

Me levanté trabajosamente y cuando estuve a punto de caer alargué la mano y logré encontrar una silla que me sirvió de apoyo.

Así permanecí otro rato. Luego saqué los fósforos y froté uno. Me encontraba en un vestíbulo donde había algunos muebles y vi en el suelo mi sangre. Había formado un pequeño charco.

La puerta que vi a la derecha estaba entreabierta. Le di un empujón y pasé adentro, dando vuelta al conmutador.

Allá, a los pies de la cama, había un hombre y él sí que estaba listo. Le habían metido un balazo entre los dos ojos y ahora estaba mirando al techo.

Frisaba en los cincuenta y cinco años de edad y era de talla normal, pero muy robusto, de cabello castaño y cara ancha, de barba azulada.

Me agaché sobre él y le registré los bolsillos. No; no tenía cartera, sólo un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos. Miré ésta. Era del club nocturno La Pajarera.

Guardé la caja y me puse en pie. Bien; todo era estupendo, allá se había cometido un asesinato justo pocos minutos después que Perla entró en la casa y ella había ido allí a entregar el duplicado del pendentif.

Fui a la cocina y a otra habitación. No; en ninguna parte hallé a nadie, pero tampoco encontré el pendentif.

Regresé al vestíbulo, y, sacando el pañuelo, limpié el charco de mi sangre. Un poco más allá había una alfombrilla, de modo que la trasladé de sitio para cubrir la mancha. Luego abrí la puerta de la casa.

Un coche pasó por enfrente a toda velocidad y ése fue el único ruido que turbó el silencio de la noche.

Crucé el jardín a oscuras por el mismo lugar que había llegado.

Salté la verja y me encaminé al callejón cercano donde Perla había estacionado su «Jaguar». Naturalmente, no estaba allí.

Retrocedí hacia donde había dejado el «Buick». Puse el motor en marcha y eché a correr hacia Venice. Cuando llegué a la palmera, descendí del coche y di la vuelta al *bungalow*. La cancela estaba abierta y por las persianas se filtraba un poco de luz. También me llegó una música suave, melancólica.

Pulsé el timbre y esperé. Oí unos pasos y apareció Perla Benson. Se cubría con un pantalón largo que ceñía sus tobillos y un faldón de esos que usan los chinos, de un color verdoso muy brillante.

—¡Usted! —exclamó, y se dispuso a cerrar.

Di un fuerte empellón a la puerta y me colé dentro cerrando tras de mí.

Los ojos de ella me miraron airadamente.

—¿Quién se ha creído que es…? ¡No puede entrar en mi casa por la fuerza! ¡Es allanamiento de morada!

Le miré a la cara. ¿Qué clase de diablo era? Me decía que estaba allanando su morada, y ¿qué es lo que había hecho ella en la casa de la calle Alameda?

—¡Lárguese! —dijo señalándome la puerta con el brazo extendido.

Arrojé el sombrero sobre un sillón y me dirigí al bar funcional.

—Eh, ¿qué hace usted? —la oí gritar a mi espalan.

Recordé el hombre baleado en la casa de la calle Alameda. Frené en seco y le miré las manos y su indumentaria. No, no llevaba encima ninguna pistola. Si ella era todo lo lista que parecía, se habría desprendido de la pistola durante el camino de regreso. Claro que podía tener otra arma en la casa.

Me preparé un *whisky* con cubitos de hielo y entonces oí que descolgaba el auricular. Volví la cabeza.

—¿Qué va a hacer?

Ella retuvo el micro junto al pecho.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Qué les va a decir?

—Que un caradura ha entrado en mi casa sin mi consentimiento.

—¿Sólo eso?

—Pediré que me envíen alguien para que se lo lleven.

—Muy bien. Puede empezar a marcar, pero, por favor, cuando haya terminado, pásemelo a mí. Yo también quiero decir algo.

Sus ojos parpadearon un poco.

—No sé a qué se refiere. —Su voz sonó temblorosa.

—La seguí desde el bar en que peleé con su amigo.

Se quedó con la boca abierta.

—No está hablando en serio.

Le sonreí.

—Esa frase es muy vulgar. Me decepciona. Ha debido dar con otra un poco más original.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—¿Usted qué cree, monada?

—La ha tomado conmigo y ahora empiezo a ver claras las cosas —colgó el teléfono—. Está bien. No hay que pelear cuando las cosas se pueden arreglar fácilmente. —Arréglelas— dije, y bebí un trago.

Echó a andar y desapareció en el dormitorio que ya conocía.

Metí la mano en el bolsillo y apreté la pistola de Nariz Chata. Si ella también había pensado en pegarme un tiro, se iba a encontrar con una sorpresa.

Regresó con un bolso. Era así de fina. No quería asustarme,

ahora sacaría la pistolita despacio, muy despacio, para evitar que el *whisky* se me fuese por otro lado.

Pero sacó un fajo de billetes, diciendo:

—Yo le daré los quinientos que, según dijo, prometía la casa de seguros por encontrar a cierta muchacha.

—¿Quinientos…?

Se mordió el labio inferior.

—No me pida un solo centavo más porque es lo único que tengo.

Sonreí y acabé mi ración de *whisky*, pero seguidamente serví otra porción.

Perla dio una patada en el suelo.

—¡Coja el dinero y márchese!

Eché a andar hacia ella. La música suave seguía afluyendo de un tocadiscos que había sobre un sillón.

—¿Por qué me paga quinientos dólares, Perla?

—Para que me deje en paz.

—No tiene miedo por lo de las abolladuras. Quiere comprar mi silencio.

—No entiendo su lenguaje.

Le mostré la herida de la frente.

—¿Y esto? ¿Lo entiende?

—No me irá a decir que se lo hice esta mañana cuando chocamos en la carretera.

—Déjese de historietas cómicas. No hace aún una hora que usted me golpeó.

Me miró fijamente y de pronto se echó a reír.

—Debe estar como una cuba. Fue mi amigo Budd quien peleó con usted.

—Sabe perfectamente que él apenas me rozó.

—Pero yo estuve ausente unos minutos del local y durante aquel tiempo pudo estrellarle una silla en la cabeza. Después de todo, es lo que usted se merecía.

—Su amigo no podía tenerse en pie. Pongamos las cartas sobre la mesa, Perla. Usted me atizó en el *bungalow* de la calle Alameda.

Su cara empezó a perder el color.

—Nunca he estado en ninguna casa de la calle Alameda.

—Fue esta noche. Llegó allí alrededor de las nueve. Estacionó su coche en un callejón que hay al lado del número 127 y luego fue a

la casa a pie. Entró allí y al cabo de unos minutos sonó un estampido. Yo entré a la carrera y fue entonces cuando usted me zumbó.

—Ese episodio lo debe haber visto en la TV —inspiró profundamente—. Si se lleva los quinientos dólares, es posible que mañana pueda darle algo más.

—¿Algo más?

—Quizá doscientos.

—Y sigue dándome dinero porque usted es la muchacha que va abollando los coches por ahí.

—Es usted irritante, señor…, y eso me recuerda que todavía no conozco su nombre.

Tal como estaban las cosas, ella me tendría que conocer muy pronto.

—Red Wyler.

Permaneció un rato inmóvil.

—Hay un detective privado en la ciudad que se llama Red Wyler.

—Yo soy el detective privado.

Bueno, quizá se anime ahora a soltarlo todo.

—Mantengo lo dicho —afirmó—. Mañana recibirá más dinero.

Ocupé el sillón que estaba frente al tocadiscos. Ella fue a explotar, pero yo lo demoré con un gesto.

—Dice que le soy conocido, señorita Benson.

—He oído hablar alguna vez de usted.

—¿Y no le dijeron que soy un tipo honrado a carta cabal?

Rió sarcásticamente.

—Todo es cuestión de precio.

—Al parecer, el mío es muy alto.

—¿Cuánto quiere, señor Wyler?

—Un millón.

—No tengo tiempo para soportar sus bromas.

—Pero puedo dejárselo regalado.

Entrecerró sus grandes ojos.

—¿Qué dice?

—Estoy con la bandera levantada, nena, y eso quiere decir que no tengo ningún cliente. Es costumbre que yo los espere en mi despacho, pero también acepto un trabajo cuando encuentro algo

interesante en mi camino.

Saqué un cigarrillo y lo encendí, y ella seguía sin decir nada. Le señalé el fajo de billetes que conservaba en la mano.

—Con ese dinero tendría para pagarme muchos días. Sólo cobro sesenta diarios más los gastos.

Ella dio unos pasos por la estancia.

En el tocadiscos la orquesta de música suave cedió el paso a un clarinetista que empezó a marcarse un *rock and roll*.

Perla giró sobre sus talones.

—Muy bien, señor Wyler. Le contrato.

Di un suspiro de alivio para mis adentros.

—Bien, empiece por el principio.

—Me están extorsionando.

Aquello empezaba a marchar.

—¿Quién la extorsiona?

—Tony Marino.

—¿Se refiere a Tony Marino, el gángster?

—Sí.

Tony Marino era un buen ejemplar. Controlaba cuadras de caballos, hipódromos, y regentaba también negocios de la más variada índole, desde fábricas de quesos a propiedades inmobiliarias, y hasta se decía que había logrado meter su zarpa en sindicatos laborales. Un buen punto al que la ley no había podido pillar en falta, a pesar de que diariamente él y sus representantes deberían estar cometiendo los delitos por centenares.

Y de pronto algo cruzó por mi mente. Tony Marino también era dueño de La Pajarera, justamente el club nocturno del que el hombre muerto de la calle Alameda conservaba una caja de fósforos.

CAPÍTULO V

Bebí un trago de *whisky*.

—¿Qué es lo que tiene Tony Marino contra usted, Perla?

—Una fotografía.

—¿Una fotografía?

—Sí.

—¿Qué hay en esa foto?

—No se lo puedo decir, pero ya puede imaginarlo.

—No tengo suficiente imaginación para ciertas cosas.

—¡Es usted un indeseable!

—Vamos, suéltelo, ahora es usted mi cliente y, cuando yo trabajo para alguien, quiero que me cuenten toda la verdad por dura que sea.

Me odió más que nunca.

Entonces le alargué mi cigarrillo encendido. Ella lo miró unos segundos y finalmente lo cogió. Dudó unos instantes entre llevárselo a la boca o aplicar la punta en mi muñeca. Para ayudarle conservé mi mano tendida. Entonces retiró la diestra y acercó el cigarrillo a los labios dando una larga chupada, a sus pies tenía la piel de leopardo. Se dejó caer grácilmente en ella y cruzó las piernas como si fuese a tocar el bongo.

Arrojó dos chorritos de humo por la nariz.

—Muy bien. Le voy a decir la verdad.

—Así me gusta, muchacha.

—Ocurrió en la propia casa de Tony Marino. ¿Sabe dónde está?

—No.

—Es un auténtico palacio que ha construido en Dana Point, al sur de Laguna Beach, de vez en cuando, Tony Marino da allí alguna fiesta, y el número de invitados no baja nunca de un par de

centenares.

Había oído hablar de las fiestas de Tony Marino. Eran las más suntuosas que se celebraban en California desde la Segunda Guerra Mundial acá.

—Yo fui allí hace cosa de unos dos meses —explicó Perla.

—¿Con quién?

—¿Le importa eso?

—Naturalmente que importa.

Hubo otro destello de furia en sus ojos, pero finalmente lo dijo:

—Paul.

—¿Paul qué más? —pregunté pensando en el Apolo de la lancha en que montó Perla—. Paul Rogers.

No le quise preguntar más acerca de él porque en un caso de emergencia podría echarle mano. Encontrar a un tipo como Paul Rogers no debería ser cosa difícil. Me bastaría con preguntar a unas cuantas mujeres y se acabó.

—Muy bien. ¿Qué pasó en la fiesta?

—Tony Marino fue un buen anfitrión. Había traído artistas de Nueva York, los mejores, los más cotizados del momento. Cada uno encontró allí su manjar favorito, desde caviar ruso hasta nidos de golondrina traídos ex profeso de China.

—Continúe.

—Cada plato estaba regado con un vino especial, el que era a propósito.

—Entre en materia —la interrumpí otra vez.

Vi como de buena gana se hubiera lanzado sobre mí porque la mano que descansaba en su muslo se arqueó como una garra. Pensé en lo bonito que sería una nueva pelea entre ella y yo. Naturalmente, pensaba en su revancha. Todavía debían escocerle aquellos palmetazos que le solté en la carretera. Por último respiró profundamente y eso fue algo maravilloso, hermano.

—Bailamos mucho, sin parar, y la bebida nunca se agotaba. Naturalmente, yo bailaba con toda clase de hombres.

—Y Paul Rogers con toda clase de mujeres.

—Sí, así era.

—¿Qué más?

—Me mareé mucho, como nunca lo había hecho antes en mi vida. Todo empezó a darme vueltas. Estaba cansada, tenía mucho

sueño… No sé siquiera quién era el hombre que bailaba conmigo en aquellos instantes. Lo cierto es que me llevó a una parte de la casa…

—¿A qué parte?

—No lo sé. Le repito que tenía mucho sueño. Sólo recuerdo que me quité los zapatos.

—¿Y luego?

—Luego, nada.

—¿No sabe siquiera si se tendió en el suelo, en una cama o en un diván?

—No recuerdo nada.

—Muy bien. Pasemos al momento en que usted se despertó.

—Me desperté aquí.

—¿Cómo?

—Me desperté aquí —ella se levantó y empezó a pasear nerviosa.

—¿Quiere decirme que no guarda ningún recuerdo del viaje de regreso desde Dana Point?

Se detuvo y proyectó su torso hacia mí.

—No recuerdo nada. ¿Cómo quiere que se lo diga?

—¿Y Paul Rogers…? ¿Recordó algo?

Quedó un instante perpleja.

—Paul Rogers se dejó caer por aquí aquella tarde.

—Espere un momento, Perla. ¿A qué hora despertó?

—Sobre las doce.

—¿En qué parte del *bungalow* despertó?

—En ese diván —lo señaló.

—¿Vestida?

—¡Claro que estaba vestida!

—¿Notó a faltar algo, por ejemplo el bolso?

—¡No! ¡Todo lo que llevé a la fiesta lo tenía conmigo!

—¿En el diván?

—¡Sí, en el diván!

—Hábleme ahora de Rogers cuando llegó aquella tarde.

Se acercó al tocadiscos y apretó el botón que lo silenció.

—Rogers empezó por disculparse.

—¿Por qué?

—Me había abandonado en la fiesta.

—Ya. Él también bebió y de pronto se dio cuenta que estaba mareado. Fue llevado a una parte de la casa y se durmió. Tampoco recordaba nada.

—¡Es usted odioso!

—De modo que Rogers recordaba algo. Me alegro equivocarme.

—Rogers pasó un par de horas sin verme, pero finalmente decidió que era muy tarde. —¿Qué era muy tarde para él?

—Las cuatro de la madrugada.

—¿Qué hizo Rogers en ese momento?

—Me buscó, pero al no encontrarme pensó que yo me había marchado con alguien, de modo que él también se retiró.

—¿Solo?

—No se lo pregunté.

—Muy bien. Quedamos en que usted asistió a esa famosa fiesta. Cuénteme lo que sigue.

Sacó un cigarrillo y un encendedor de una caja que había sobre la mesa ratona. Cuando hubo soltado el primer chorro de humo declaró:

—Al cabo de una semana, recibí la primera carta.

—La cosa empieza a ser interesante.

—Me decían que yo había sido muy descuidada, que tenían una foto mía bastante comprometedora por la que algunas revistas darían mucho dinero. Terminaban pidiéndome quinientos dólares a cambio del negativo.

—¿Le mandaban la foto en cuestión?

—No. Eso fue a la segunda vez.

—¿Quiere decir que no pagó a la primera?

—No. Yo no recordaba haberme hecho ninguna foto.

—Oh, sí, desde luego. Usted estaba durmiendo.

—¿Cuándo va a dejar sus sarcasmos? ¿O acostumbra a hablar así a todos sus dientes? —Necesito romperles los nervios para descubrir los puntos flacos de las historias que me sueltan. Y eso sólo se lo digo a usted.

Hubo unos segundos de suspenso, pero ambos seguimos mirándonos.

—En la mía no hay ningún punto flaco.

—Deje que sea yo quien juzgue. Estábamos hablando de la primera carta. ¿Iba firmada por Tony Marino?

—No, Tony Marino no la firmaba.

—¿Quién?

—No la firmaba nadie.

—Muy bien. Usted no contestó, quiero decir que no pagó los quinientos dólares. ¿Cuánto tardó en llegarle la segunda carta?

—Cinco días.

—¿Qué le decían?

—Habían subido la tarifa, ahora me pedían mil dólares y me daban un plazo de veinticuatro horas para que abonase el dinero.

—Se le ha olvidado mencionar una cosa, Perla. Es respecto a la primera carta.

—¿El qué?

—El lugar en que usted debía pagar los quinientos dólares.

—Sí, tiene razón. Debía ir por la noche hacia San Bernardino y detenerme en la carretera de San Antonio, justamente en el kilómetro sesenta. No debería salir del coche, alguien se acercaría por la otra parte y yo debía entregarle los quinientos dólares a cambio de un sobre con la mercancía.

—¿Cambiaron el lugar la segunda vez?

—No. Era el mismo sitio y me amenazaban con enviar la foto a la Prensa si me hacía acompañar por alguien.

—Naturalmente, usted rechazó también la segunda amenaza.

—No. Con la segunda carta acompañaban una copia de la fotografía.

—Vaya.

Hubo una pausa y ella chilló:

—¿Qué está mirando?

—A usted. ¿Está prohibido?

—No me gusta la forma en que lo hace.

—Muy bien, Perla. Usted pagó los mil dólares.

—Sí, pero no me devolvieron el negativo. Cuatro días más tarde fueron tres mil y luego dos mil más.

—Todo por una foto…

—Sí.

—Déjemela ver.

—¿Se ha vuelto loco?

—Usted debe tener confianza en mí. Soy el hombre que va a luchar por usted, el que se enfrentará con esos tiparracos.

Naturalmente, también me enseña las cartas.

—No tengo nada de eso.

—¿Qué dice?

—Rompí la foto y las cartas en un momento de coraje.

Me pasé una mano por la cara.

—Dígame lo que había en ella, ya sabe, en la foto.

—¡Estaba yo y basta!

—¿En qué clase de habitación?

—Estoy segura que pertenecía a la casa de Tony Marino.

—Y naturalmente, por eso ha deducido que Tony Marino es el extorsionista.

—Sí.

—Pudo hacerle la foto el tipo con quien últimamente bailó.

—No lo creo.

—¿No puede darme una descripción de ese fulano?

—Ya le he dicho que no recuerdo absolutamente nada de él, y, por otra parte, estoy convencida de que es Tony Marino.

—¿Por qué está convencida?

—He oído hablar que Tony Marino se dedica a esa clase de negocios.

—¿A quién se lo ha oído?

—¡Y yo qué sé, en cualquier parte, en un bar, por ahí…!

Ella tenía razón a medias. Mucha gente sabíamos que Tony había empezado a hacer dinero diez años atrás con esa clase de negocios. Su especialidad eran los artistas de cine, hombres y mujeres. Era un negocio que casi nunca fallaba, ya que elegía a los tipos y a las fulanas que iban lanzados hacia la cúspide de la fama y para los que, un escándalo en aquellos momentos, hubiese significado volver al hoyo.

Pero, según mis noticias, Tony Marino ya había dejado eso para dedicarse a negocios en grande, supuestamente honrados. Naturalmente, yo podía estar equivocado así como mi informante, o quizá Tony Marino lo llevaba en secreto. Lo de su palacio en Dana Point podía ser una nueva pantalla y al propio tiempo el lugar de que se servía para cazar incautos.

—¿Cuánto le han sacado en total?

—Doce mil dólares.

—Y usted ha seguido pagando siempre.

—Sí.

—Y ellos continuaron enviándole cartas.

—No. Después de la segunda ya no lo hicieron, a partir de entonces me daban avisos por teléfono. Me citaban siempre en los montes de San Bernardino. Nunca era el mismo lugar, pero el procedimiento no variaba.

—Y siempre le decían que le iban a entregar el negativo.

—Sí.

—¿Vio alguna vez la cara del tipo que iba a recoger el dinero?

—Sí, en cierta ocasión en que había luna llena.

—Descríbamelo.

—Alto, moreno, de cara alargada, nariz aguileña, de unos treinta años de edad… —¿Alguna señal especial, marca o cicatriz?

—No.

—Y usted siguió dejándose tomar el pelo.

—Les dije que no pagaría más, pero luego me convencieron. Sería la última.

—No da usted la impresión de ser muy ingenua.

—Si hubiese sido por mí no me hubiese importado.

—El apellido Benson, ¿eh?

—Sí. Mi padre trabajó mucho para llegar a ser lo que es. La publicación de esa fotografía mía hubiese significado su ruina. Por eso pagaba. Después de todo, el dinero era mío.

—¿Sí?

—Mi padre me tiene asignados mil dólares todos los meses. Confieso que con la vida que llevaba apenas me llegaban para terminar el mes, pero cuando me hacía falta algo, lo sacaba del Banco.

Todo coincidía con lo que me había contado Frederic Benson, pero quería llegar al final.

—¿Qué Banco?

—El Wilshire, allí tengo depositado un paquete de acciones que me dejó en herencia mi madre. Pertenecen a unas minas de cobre de Montana. Por ese concepto me corresponden anualmente unos ocho mil dólares. Creí que tendría bastante con todo ello para satisfacer a los extorsionistas, pero ellos finalmente se dejaron caer con el último pedido.

—¿Cuánto?

—No hablaron de dinero.
—¿Qué tenía que entregarles?
—Una joya de mi madre, un pendentif valorado en cincuenta mil dólares.

Capítulo VI

Fui al bar y preparé dos vasos de *whisky*. Le entregué uno y ocupé de nuevo el sillón. —Ellos le pidieron el pendentif de su madre— recordó el punto en que se había quedado.

—Me dijeron que sería mi último pago. Con la joya se daban por satisfechos.

—Y usted decidió complacerles.

—¿Qué remedio me quedaba? Si no accedía, los Benson perderíamos mucho más de cincuenta mil dólares y nuestra reputación quedaría por los suelos.

—Así que decidió darles el pendentif.

—No. Se me ocurrió otra cosa.

—¿El qué?

—Hacer un duplicado del pendentif.

—Ya comprendo. Usted les entregaría el falso.

—Exactamente.

—¿A quién encargó el trabajo?

—A Samuel Harbour.

—¿Quién le habló de él?

—Miriam Carrie, una chica a quien había conocido en un bar hace algunos meses. Es una buena muchacha, un poco extraña, pero me confié a ella porque es muy humana.

—¿Le contó usted a ella todo?

—Sí.

—¿También lo de la foto?

—Desde luego. Se mostró la mar de comprensiva. Fue Miriam quien dijo que llevaría la joya a Samuel Harbour.

—¿Por qué no fue usted misma?

—Pensé que era conveniente que nadie me relacionase con el

asunto.

—¿No temió que Miriam Carrie se quedase con la joya auténtica?

—No. Era mi amiga.

—Parece que confía mucho en sus amigos.

—Miriam Carrie me demostró que no en vano le había otorgado mi confianza. Me entregó la joya original y el duplicado. Los extorsionistas me habían dado un plazo de cuatro días para contestarles. Ellos llamarían. Lo hicieron anoche.

—¿Qué le dijeron después que se mostró usted conforme?

—Yo debería ir esta noche a las nueve al número 127 de la calle Alameda.

—Dígame qué pasó cuando usted entró allí.

—Alguien me estaba esperando. Me amenazó con un revólver.

—¿Quién?

—No lo sé. Estaba todo a oscuras. No le pude ver la cara.

—¿No sería el mismo tipo de cara alargada que le cobraba en los montes de San Bernardino?

—No. Tenía distinta voz.

—Si estaba a oscuras, ¿cómo sabía que tenía una pistola?

—Me apretó con el cañón en el brazo y vi brillar el arma. Me arrebató la caja con el pendentif y luego echó a correr hacia el interior de la casa.

—¿Y qué hizo usted?

—Me pilló tan de sorpresa que me quedé quieta, pero de pronto oí un ruido en la habitación donde él se había metido. Eché la mano atrás y cogí un objeto que me pareció de bronce. Estaba llena de furia. Otra vez me iban a engañar. Y justo en ese instante sonó un chasquido. Luego la puerta a mis espaldas se abrió y entró un hombre. Creí que era otro enemigo. Tropezó con una silla y entonces yo le descargué el jarrón en la cabeza.

—Era yo. Me dejó fuera de combate.

—Oí que escapaban por una ventana. Corrí a la habitación y di la vuelta al conmutador de la luz. Fue horrible, allí había un hombre muerto. Le habían pegado un balazo en la frente.

—¿Le reconoció?

—No. En mi vida le había visto.

—¿Qué me dice del fugitivo?

—Dejé de oír sus pasos enseguida.

—¿Por qué no se puso a gritar pidiendo auxilio?

—Tenía mucho miedo y estaba nerviosa. No sabía qué hacer —empezó a pasear de nuevo—. Finalmente, decidí marcharme, apagué las luces y borré las huellas que hubiese podido dejar.

—¿No se lo ocurrió mirar para ver a quién había golpeado?

—Sí lo hice.

—¿Qué pensó cuando me vio?

—Que me había seguido con ánimo de conquistarme.

—No se equivocó. Me gustó mucho. Especialmente la forma que tiene de endosarle a uno sus errores.

—¿Quiere dejar eso? También borré mis huellas en el jarrón y me marché.

—¿Vino directamente aquí?

—Desde luego.

—¿Ha recibido alguna llamada?

—No.

—Así que ahora ellos tienen el duplicado del pendentif.

—Sí.

—¿Tiene inconveniente en enseñarme la joya original?

—No la tengo aquí.

—¿Dónde?

—En mi casa, en una caja fuerte que tengo en mi dormitorio.

—¿Cuándo dejó allí la joya?

—Me están cansando sus preguntas.

—¿Cuándo la dejó?

—Esta mañana.

Guardamos un silencio. Luego me puse en pie y dejé el vaso sobre la mesa.

—Me imagino que no me ha engañado.

—No.

—Será mejor para usted. —Eché a andar hacia la puerta.

—¿Adónde va?

—A trabajar. ¿No lo recuerda? Ahora es usted mi cliente y no puedo estarme quieto. —Creí que esperaría a que hiciesen la llamada cuando descubran que el pendentif es un duplicado.

—¿Qué vamos a ganar con esperar? Ellos siguen teniendo el negativo de su foto.

—Sí, tiene usted razón. ¿Qué va a hacer?

—Nunca acostumbro a confiar a mis clientes los pasos que voy a dar. Cierta vez, al principio de mi carrera, mi propio cliente intentó asesinarme.

Apretó los dientes.

—Era un cliente inteligente.

—Gracias, ricura, pero será mejor que permanezca aquí, en su casita.

—Saldré cuando me de la gana.

—Qué gran vocabulario posee usted. ¿Dónde la educaron?

Me dirigió otra furibunda mirada y señaló el fajo de billetes que había sobre la mesa.

—Se olvida del dinero.

—No lo aceptaré hasta saber algo más del asunto. Tengo en cuenta algo muy importante que usted ha olvidado, señorita Benson.

—¿El qué?

—Hay por medio un hombre muerto. Si alguien se entera de que se fugó de la casa y el motivo que usted tenía para ir allí, no vacilarán en acusarla de asesinato o cuando menos, de homicidio.

—Eso es absurdo. Yo no le maté.

—¿Cómo podría demostrarlo?

—No tengo el arma.

—Eso es lo más flojo. Se lo dije cuando llegué. Usted ha podido hacerla desaparecer. Tuvo tiempo suficiente para dejaría en cualquier sitio durante su regreso al *bungalow*.

—Pero usted no lo cree.

—Quizá pero ¿qué pueden valer mis palabras?

Permanecimos unos segundos quietos y luego sacudí la cabeza.

—Volveré pronto, señorita Benson, y me gustaría encontrarla aquí.

No esperé su respuesta. Salí de la casa y poco después viajaba en mi descapotable.

Me detuve en un bar y despaché un par de *whiskys* mientras daba vuelta a las ideas. Finalmente fui a la cabina telefónica y marqué en el dial el número.

De la otra parte llegó una voz de ultratumba:

—Casa del señor Benson.

—Soy Red Wyler. Quiero hablar con el señor Benson.

—Lo siento, pero el señor Benson está ocupado en estos momentos.

—Avísele inmediatamente. Esto es más urgente.

Titubeó unos instantes pero se decidió a pasarle el aviso.

Tuve que esperar tres minutos para oír la voz del padre de Perla:

—Hola, Wyler.

—¿Conoce la combinación de la caja fuerte de su hija?

—Sí.

—Entonces, ábrala y compruebe si está el pendentif.

—¿Qué está diciendo?

—Haga lo que le digo.

Él estaba acostumbrado a dar órdenes pero ahora las recibía de mí. No le gustaría.

—Está bien, espere.

Transcurrieron otros cinco minutos.

—Oiga, Wyler —dijo con voz emocionada—. ¿Cómo lo ha sabido? El pendentif está en la caja.

—¿Entiende de joyas, señor Benson?

—No le comprendo.

—¿Está seguro de que es el genuino?

—¿Qué le hace suponer que podría ser falso, señor Wyler?

—Yo fui el primero en preguntar.

—Pues la verdad, no sé qué decirle. No entiendo mucho de joyas, pero me da la impresión de que es el pendentif que regalé a mi mujer. Desde luego, puedo hacer venir a un tasador en joyas.

—Hágalo pero que sea de confianza.

—Muy bien. Mañana…

—Nada de mañana, señor Benson. Lo hará ahora.

—Oiga, señor Wyler… ¿Sabe usted que me ha interrumpido una conferencia? Me he disculpado ante mis huéspedes pero ahora he de volver con ellos. Estábamos tratando asuntos muy importantes.

—El asunto con el que yo estoy relacionado puede ser mucho más importante para usted, señor Benson.

—Le repito que creo el pendentif es el verdadero y, si es así, las cosas han cambiado mucho desde que yo le comisioné para que protegiese a mi hija.

—Temo que su hija va a seguir necesitando mi protección, señor

Benson.

—¿Quiere ser más claro?

—Su hija visitó esta noche una casa donde fue muerto un hombre.

Se quedó sin habla.

—¿Sigue ahí, señor Benson?

—¿Dice usted… un hombre muerto?

—Oyó bien.

—No querrá decirme que ella le mató.

—No existe ninguna prueba material de que ella lo haya hecho… Pero los indicios la acusarán, especialmente si la policía interviene en el caso, cosa que normalmente suele ocurrir cuando muere un ciudadano.

No le gustó mi humor.

—Quiero que me de detalles, Wyler.

—No puedo hacer eso ahora. Tengo mucha faena por delante. Le llamaré dentro de una hora. Para entonces ha de verificarme que el pendentif es el verdadero.

—¡Espere, señor Wyler!

Pero colgué.

CAPÍTULO VII

La pajarera era un lugar estupendo. Se ubicaba en Sead Beach y el local contaba con un par de terrazas sensacionales que daban al mar pero para llegar a éste uno tenía que dar un salto de no menos de treinta metros de altura. Naturalmente, había una baranda de piedra que servía para que uno no se pudiese caer, a menos que tuviera mucho interés en ello.

El público era distinguido. Vi muchas caras famosas, entre ellas la de la actriz del momento. Coqueteaba con un actor que peinaba canas, amigo mío. Él me hizo una señal con la mano y acudí a su mesa. Me presentó a la actriz famosa y yo le dije una lindeza. Ella y yo bailamos una pieza. Luego el actor me dijo que me sentase y ocupé una silla.

Se apagaron las luces y un haz verdoso llegó desde el fondo para iluminar a un tipo con traje de *smoking* que con voz suave nos anunció a la cálida Mayra.

Hube de reconocer que Mayra era muy cálida. Estaba por los veinticinco o veintiséis años de edad y era una morena extraordinaria, de figura maravillosa, cabello renegrido partido en dos, ojos grandes, muy negros. Su baile era algo especial, al ritmo de un chachachá hacía extrañas flexiones pasando la cabeza por entre las piernas o combándose como un arco listo para disparar la flecha.

Cosechó muchos aplausos y saludó muy sonriente con su boca de labios rojos y gordezuelos y se marchó.

La actriz alegó que tenía que irse a casa porque al día siguiente debía levantarse temprano para acudir a los estudios donde rodaba. Naturalmente, el actor se iba con ella y yo les dije que me quedaría otro rato.

No estuve por mucho tiempo solo. Una rubia de cuerpo zigzagueante se me acercó para pedirme fuego. Se lo di y ella tomó mi mano y mientras tanto me miró con los dos faros que eran sus ojos.

—No te he visto por aquí —dijo arrojando un chorrito de humo.

—Estuve muy ocupado en la granja.

—¿Campesino?

—Lechugas. Quizá hayas oído hablar de mí. Soy Sheguesay II, el heredero de los mayores campos de lechugas del país. Las mandamos a todas partes.

Puso una cara que quería decir: ¿Lo creo o no lo creo? Finalmente se sentó a mi lado.

—No está mal esto —dijo—. Es una buena choza…

Y me gustaría conocer al propietario para felicitarle.

—Tony está demasiado ocupado esta noche.

—¿Tony…?

—Tony Marino.

—¿Se le murió el perro y quizá lo llora?

—No sé por qué será, pero hace un rato que le vi entrar muy nervioso en el despacho de la Dirección.

Me pregunté por qué estaría nervioso Tony Marino. ¿Sería por lo sucedido en el número 127 de la calle Alameda? Dejar un muerto en el camino no es saludable ni siquiera para un gángster.

—Sigo pensando que me gustaría felicitarle —dijo.

—Olvídelo y bailemos.

La orquesta estaba interpretando un fox con aire de Charleston.

Saqué mi fajo de billetes y aparté veinticinco. Pensé que era una buena cantidad. Los puse encima de la mesa y la rubia los miró con mucho interés.

—¿Qué es lo que pretendes comprar con eso? —preguntó.

—La posibilidad de estrechar la mano de Tony Marino.

—Si no es más que eso —sonrió y fue a coger los billetes.

—No quiero entrar por la puerta principal.

—¿Cómo?

—Me gustan las sorpresas. Ese despacho debe tener otra entrada.

Frunció el entrecejo.

—¿Sabes que eres un tipo muy extraño? Apuesto a que eso de las lechugas es un cuento.

—Te mandaré unos cuantos kilos para Navidad y saldrás de dudas.

—No me gustan las lechugas… —titubeó unos instantes pero finalmente movió la cabeza—. Está bien. Te llevaré por donde quieres. Pero no cuentes conmigo para seguir adelante. Te dejaré en la puerta y se acabó. Si Tony se entera de que yo te he acompañado, me pone de patitas en la calle.

—No te preocupes. No sabrá nada.

—Llévame bailando hasta el lugar por donde salió Mayra. Cuando yo te apriete el brazo, nos colamos por entre las cortinas.

—Corriente.

Atrapó los billetes y con un movimiento rápido los hizo desaparecer en su escote. Luego iniciamos la danza.

Había muchas parejas y ellas apenas se movían, de modo que me costó bastante trabajo llegar hasta el lugar que la rubia me había señalado.

Entonces ella dijo:

—Cuando termine la pieza nos metemos aprovechando la oscuridad que durará un par de segundos.

Nos mantuvimos en el mismo sitio defendiéndolo contra todos los que querían echarnos de allí.

Finalmente, los músicos acabaron con estruendosas notas su pieza y se produjo el apagón.

La rubia y yo saltamos hacia las cortinas y, cuando se encendieron las luces, ya estábamos en el corredor.

A la derecha había tres puertas. Estábamos por llegar a la tercera cuando ésta se abrió, y la cálida Mayra tropezó conmigo. Estuvo a punto de caer pero yo la sostuve rápidamente tomándola por los brazos, ahora se había embutido en un vestido verde que la ceñía mucho. Ella a izó la cara y al verme sonrió.

—Hola. No pensé que vendría tan pronto.

—¿Me conoces?

—Le vi en la mesa donde estaba mi amiga.

Se refería a la famosa actriz.

—Su número fue muy bueno —dije.

—Es usted muy gentil y estaría dispuesta a aceptarle una copa.

Fui a excusarme valiéndome de la rubia pero al mirar en mi torno descubrí que ella se había largado.

Mayra rió.

—Escapó en cuanto yo salí.

Solté una maldición. La chica me había sacado veinticinco dólares por casi nada.

Mayra me guiñó un ojo.

—Es usted un pillín.

—¿Sí?

—Wilmar le llevaba a algún sitio. Seguro que a las rocas.

—¿Se va por aquí a las rocas?

—No se haga de nuevas —jadeó ligeramente la cabeza—. ¿No cree que yo la podría sustituir?

Era una mujer peligrosa. Había fuego en sus ojos. Demasiado fuego.

—Quería hablar con Tony Marino —alegué.

No dejó de sonreír.

—Muy bien. Lléveme a contemplar un rato la luna y luego, en compensación, yo le llevaré con Tony Marino.

Hubiese preferido lo de Tony Marino, pero aposté a que entristecería a la chica con la elección, de modo que asentí.

Se colgó de mi brazo y seguimos por el corredor, al fondo había una bifurcación. Un ramal seguía a la derecha y al final había una puerta que parecía muy pesada.

—Allá está el despacho de Tony Marino —dijo Mayra, pero me arrastró hacia la otra puerta que ella misma abrió despasando el cerrojo.

La brisa marina nos azotó el rostro, ante mí vi una escalinata de piedra que había sido construida sobre la propia roca.

—¿No habrá alguien por aquí? —pregunté.

—Ahora no —dijo.

Descendimos. Cada seis o siete metros había una terraza hecha con piedra y tierra.

—Tony ha celebrado alguna fiesta en este lugar, ahí coloca las sillas y las mesas.

Me empujó hacia una de las terrazas. El cielo estaba muy oscuro. No había luna, de pronto Mayra me echó los brazos al cuello y poniéndose de puntillas me besó.

Me estuve quieto y entonces ella me tomó los brazos y los pasó por su cintura.

—Debes medir dos metros —dijo.

—Uno ochenta y nueve.

—Y eres muy fuerte.

—Noventa kilos.

Me apretó los bíceps y aclaré:

—Todo músculos. Te daré un boleto cuando me exhiba en el Stadium Olímpico.

Se rió.

—No sé tu nombre.

—Sheguesay.

—No conozco muy bien vuestro idioma. ¿Cómo se pronuncia?

—Como si te hubieses tragado una nuez.

—Qué gracioso eres.

Me dio el premio. Otro beso. ¿Les dije que había demasiado fuego en sus ojos?

De pronto oímos una voz:

—Eso no me gustó nada.

Mayra se separó de mí como si le hubiesen dicho que había contraído la lepra.

Allá en la escalera, junto a la terraza, había un tipo grandote, casi tanto como yo. Él también tenía fuego, pero no en los ojos. Era un fuego sólido, justo el que encerraba la pistola que tenía en la mano derecha.

CAPÍTULO VIII

Mayra sonrió.

—Nos has dado un buen susto, Doc.

—Y os lo voy a seguir dando. Eso que hacéis no está ni pizca de bien.

—¿Qué tontería estás diciendo? —repuso Mayra—. ¿No conoces a mi hermano, Doc? Es Alfredo, el que estaba en Caracas.

Doc me miró con ojos de escepticismo.

—Y un cuerno.

—Acaba de llegar, y lo estábamos celebrando.

—¿Qué clase de idiota te crees que soy, Mayra? Ese tipo es americano por los cuatro costados, como yo. Y tú y él se las estáis pegando al jefe.

Escupí una maldición, de modo que así estaban las cosas. Mayra era la favorita de turno de Tony Marino y yo lo había enredado todo dejándome conducir por ella hasta aquel lugar.

—Oiga, Doc —hablé—. Es cierto lo que dice. No soy él hermano de Mayra, pero entre ella y yo no hay nada de lo que usted cree. Mi nombre es Sheguesay, empresario de Miami.

—¿Qué club tiene?

—El Marietta.

—Muy bien. Eso lo comprobaremos.

—No sea bromista, Doc. Estamos en Los Ángeles. No va a poner una conferencia de larga distancia para preguntar una cosa tan estúpida, allá, en el Marietta, se le reirá la gente si pregunta si Sheguesay es el dueño de aquel antro.

—Soy un tipo muy compresivo, ahora nos dejaremos caer por el despacho de Tony, se lo contaremos todo y él decidirá.

Mayra sacó por la mano una de sus pulseras de oro.

—Ya basta, Doc.

El tipo sonrió.

—Andando hacia arriba.

Mayra le arrojó la pulsera de oro que cayó a los pies del gorila.

—Es tuya, cógela y lárgate.

La cogió pero se la tiró otra vez a ella, anduve rápido para atraparla al aire.

—Soborno —dijo Doc—. Esto no va a mejorar las cosas.

—¡Maldito seas, Doc! —chilló la bailarina fuera de sí.

Bueno, no íbamos a arreglar nada, de modo que cogí a Mayra del brazo.

—Vamos, Mayra.

—Tony te sacará los ojos —dijo.

—Quizá no.

—No le conoces:

Pude haber hecho algo por desarmar a aquel tipo, pero no quería más jaleos antes de enfrentarme con Tony Marino.

Cuando llegamos ante la pesada puerta, Doc dijo:

—Abre, Mayra.

La cálida morena abrió y los tres entramos en el despacho.

Allí había tres hombres.

Reconocí a Tony Marino enseguida porque le había visto fotografiado muchas veces en los diarios. Era un personaje célebre. Estaba por los cuarenta y cinco años de edad y era corso, como Napoleón, y tenía otras cosas tan comunes con el emperador que podría haberle doblado en cualquier film. Era de talla inferior a la normal, de cabeza grande, redonda, y pelo lacio que parecía mojado; nariz corta, aguileña, pómulos llenos y mentón hendido. Cubríase con traje oscuro, camisa blanca y corbata negra. Estaba sentado tras una mesa fumando indolentemente un grueso cigarrillo. Frente a él, había un tipo muy rubio de cejas blancas y labios que parecían sonreír perennemente.

El tercer hombre era un fulano que parecía muy alto a juzgar por sus largas piernas que cruzaba sentado en el extremo de un diván. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas y mostraba el cráneo mondo, como un famoso actor, pero era mucho más feo que él.

Todos nos miraron, a Mayra, a Doc y a mí.

Doc pasó por nuestro lado y se colocó al otro lado de la mesa.

—¿Qué pasa, Doc? —preguntó Marino.

—Les sorprendí besándose.

Hubo un largo silencio. Tony Marino desvió los ojos de Doc depositándolos en el rostro de Mayra. Por primera vez vi que la muchacha perdía su entereza.

—Doc está confundido. Verás, Tony, yo…

—¡Cierra el pico!

Lo cerró.

Luego Tony me miró y entonces supe por qué se había abierto camino en la vida. Sus oíos eran los de un cadáver. No tenían ninguna clase de vida. Eran dos trozos de cristal que no decían nada, aposté a que el tipo miraría de igual forma a cierto periodista cuando él mismo, con su propia mano, le rajó la barriga. Es lo que contó cierto tipo de la propia banda de Marino a un periodista, pero el gángster no tuvo tiempo de ratificar la historia a la policía porque cuando los agentes fueron a buscarle, él también había sido convertido en un fiambre.

—¿Quién eres? —preguntó.

—El Lobo Feroz.

Todos guardaron silencio excepto el rubio, que se echó a reír estremeciendo los hombros.

Tony Marino le dirigió una mirada.

—¿De qué te ríes, imbécil?

El rubio dejó de reír y se quedó tan serio como si se hubiese tragado un arenque.

Tony Marino volvió sus ojos hacia mi rostro.

—Empezaremos otra vez. ¿Quién eres?

—Red Wyler.

Su ceja izquierda se levantó.

—¿El detective?

—Sí.

—Y te has encaprichado de ella —señaló con la cabeza a Mayra.

—Está equivocado.

Doc dio dos pasos hacia mí.

—Deje que le ablande, jefe.

Pero Tony hizo un gesto para detenerle y disparó la siguiente pregunta:

—¿Qué tienes con ella?

—Nada.

—Sólo estabas aquí de paso, ¿eh?

—No he dicho eso.

—Está bien. ¿Qué es lo que viniste a hacer en el club?

—Vine a hablar contigo, Tony.

—Voy a suponer por un momento que dices la verdad. ¿Qué quieres de mí?

Dirigí una mirada en mi torno.

—Hay demasiada gente aquí.

—Hay la que tiene que haber. Son todos de confianza. —A tu gusto, Tony— hice una pausa. —Vas a dejar en paz a la muchacha.

—¿A Mayra? Tiene gracia… ¿Lo oís, chicos? Me dice que deje en paz a Mayra.

—No me refiero a Mayra. Sabes de quién hablo, Tony.

—Si no es Mayra, no sé quién pueda ser.

—La Benson.

Hizo una mueca.

—Es como si me hablases en chino. No tengo nada que ver con ningún Benson. ¿Y sabes lo que te digo, muchacho? Ni siquiera creo que tú seas Red Wyler.

El hombre de las piernas cruzadas intervino:

—Sí, Tony. Es Red Wyler. Una vez le vi en el despacho del capitán Prescott.

Miré al tipo y entonces recordé perfectamente de qué le conocía. Era un investigador de la oficina del fiscal del Distrito, y el muy bastardo estaba en el despacho de Tony Marino, de esa forma, Tony podía llevar a cabo sus negocios, con la convivencia de tipos a quienes sobornaba.

Ahora el investigador movió la cabeza.

—Me imagino a quién se refiere, Tony.

—¿A quién?

—A la hija de Frederic Benson, el propietario del *Star*.

Tony me preguntó:

—¿Es ésa la muchacha?

—No te hagas de nuevas. Tienes que ver mucho con ella.

—¿Por qué crees eso?

—El asunto empezó en tu casa de Dana Points. La invitaste a

una fiesta.

Se echó a reír ladeando la cabeza.

—¿Qué les parece eso? Este chico cree que yo conozco a todas las personas que invito, anda, Piero, dile de qué forma invitamos a la gente.

Piero era el rubio. Se echó hacia delante en el sillón cruzando los dedos de las manos.

—Hago una lista de gente que suena, tipos del cine, del teatro o que destaquen en cualquier otra cosa, como en pintar cuadros o hacer estatuas con piedra, y les voy mandando las invitaciones.

Hice un gesto afirmativo volviendo a observar a Tony.

—Les llevas a tu casa y eliges a unos cuantos para hacerles el numerito.

—¿Qué es eso del numerito?

—La foto.

—Sigo pensando que estás como una cabra, muchacho.

—Siempre se trata de una foto comprometida, adán o Eva en el paraíso. Lo demás resulta fácil. El cliente ha de escupir el dinero o el negativo es entregado a la Prensa sensacionalista.

Tony estaba muy inmóvil escuchándome, pero ahora abrió la boca y me enseñó los dientes.

—Debería hacerte pedazos por creer eso de mí.

—No soy ningún palurdo, Tony. Las cosas claras. La chica pagó su dinero. Le sacasteis doce mil dólares. Es la fotografía más cara de que tengo noticias, ahora quiero el negativo. Saldré por esa puerta y no me volverás a ver más.

Rompió a reír otra vez y me señaló con el dedo.

—Ahí lo tenéis, chicos. Éste es un tipo que sabe entenderse con Tony Marino. El primer fulano que no me tiene miedo. Me larga su historia y luego me presenta el ultimátum. Doc insistió:

—Déjemelo a mí, jefe.

Piero se puso en pie.

—A mí también me gustaría charlar un rato con él, Tony —sus labios sonrieron cruelmente—. Ya verás cómo le bajo los humos.

Había conocido a tipos como ellos. Los Doc y los Piero abundan en Los Ángeles como los granos de arena en la playa.

Pero Tony no autorizó a uno ni a otro.

—Oye, chico —ladró—. No sé una palabra de eso que dices. Yo

no tengo montado ningún negocio de esa clase, de modo que ya puedes estar seguro de que equivocaste la dirección… Naturalmente, yo te podría decir ahora «Adiós, Wyler, hasta la vista». Y eso debía ser Suficiente para ti, pero, zanjada la primera cuestión, queda la segunda. Estabas besando a Mayra y ella es mi chica.

La bailarina dio un paso al frente.

—No me estaba besando, Tony.

Tony habló sin dirigirle la mirada.

—Si vuelves a abrir la boca, te juro que te rompo los dientes —luego sonrió y siguió hablando conmigo—: ¿Lo oyes, chico? No me gusta eso de que me la pegue nadie.

—No te la he pegado, Tony.

—¿Ya te vas a ablandar?

—No hay ablandamiento. Conocí a Mayra esta noche, aunque te advierto que si hubiese ocurrido hace algún tiempo habría sido mi pareja.

—Y no te hubiese detenido el que yo estuviese por medio.

—No, Tony. No me hubiese detenido.

—Eres un tipo muy claro.

—He creído siempre que hablando con la verdad se entiende uno más pronto.

Rió otra vez, pero lo hacía sin ganas, a su juicio, él no estaba haciendo un papel muy brillante delante de sus secuaces.

—Bueno, Wyler. Te has cruzado en mi camino y quiero que tengas un recuerdo.

—Mándame una pitillera de piel de cocodrilo.

Tampoco le gustó. Por primera vez desde que llegué allí, vi en sus ojos un cambio de tonalidad, ahora brillaron un poco más, pero luego esa luz se apagó.

—Por ser la primera vez, sólo te daremos una paliza, Wyler. Es posible que te fracturen algún hueso y que tengas que guardar cama unos días, pero podrás seguir viviendo y eso es lo mejor del mundo, de esa forma, siempre que oigas mi nombre, sabrás apartarte. Está bien eso, ¿eh, chico?

—No puedo darte mi conformidad —repuse—, ahora me pillas en un momento de mucho trabajo. No puedo pasarme ningún momento en la cama y necesito todos mis huesos, de modo que,

apuntas esa paliza en el libro del Debe y algún día me la darán tus muchachos… Si es que pueden.

Eché a andar hacia la puerta que daba acceso al local. Estaban tan sorprendidos que ninguno se interpuso en mi camino.

Di dos pasos, tres, y justo entonces, rugió a mi espalda Tony:

—¡Detenedle, muchachos!

Me volví rápidamente metiendo la mano en el bolsillo, pero el rubio Piero había previsto esa contingencia y me tiró una patada al bajo vientre antes de que pudiera sacar el arma.

Sentí los ardores del infierno mientras me derrumbaba.

Apoyé la barbilla en el suelo y en eso vi venir corriendo hacia mí a Doc. Se detuvo cerca y alzó la pierna para pegarme con la puntera del zapato en la cabeza. Hice rechinar los dientes porque las ondas de dolor me estremecían todo el cuerpo, pero logré alargar la mano y atrapar el tobillo de Doc. Luego di una vuelta sobre mí mismo haciéndole girar el pie bruscamente.

Oí un chasquido y Doc se puso a soltar aullidos como un perro rabioso. Luego lo atraje hacia mí y cuando se abatía me levanté bruscamente golpeándole con la cabeza en las narices.

Se derrumbó echando sangre y quedó boca arriba, fuera de combate.

El rubio se había mantenido al margen durante los últimos segundos y, al ver lo que yo había hecho con su compañero, rió estremeciendo los hombros.

—¿Qué le parece eso, jefe? Doc quería ajustarle las cuentas.

Yo estaba en cuclillas cuando empezó a sacar la pistola de la sobaquera. Me lancé sobre él con la cabeza por delante recordando mis tiempos de jugador de *rugby*. Le pegué en la boca del estómago y me lo llevé conmigo. Pero el maldito había logrado sacar el arma y me pegó con el cañón detrás de la oreja. Por fortuna, ambos estábamos rodando y no pudo hacerlo con mucha fuerza.

Levanté el brazo y le clavé el codo en la boca sintiendo cómo cedían sus dientes.

Luego le machaqué la nariz con el puño.

Levantó la pistola con ánimo de disparar. Seguro que me habría hecho muchos desperfectos en la cara, pero le tomé la mano con la que sujetaba el arma y la bajé bruscamente.

Retumbó un disparo y el tipo se quedó tieso porque la bala le

entró por la garganta y se le quedó en la nuca.

No me detuve un segundo. Le quité la pistola de la diestra y me levanté.

Tony, el investigador oficial, y Mayra me miraron como si yo fuese un fantasma. Naturalmente el escándalo, ni siquiera el disparo, había trascendido fuera de la habitación porque era a prueba de ruidos, como debía ser el despacho de un gángster de la categoría de Tony Marino.

Eché a andar y el investigador de la oficina del fiscal del Distrito que se había puesto en pie, me apuntó con el dedo.

—Acaba de matar a un hombre. Tendremos que llamar a la policía. Se ha metido en un buen lío.

Me detuve cerca de él.

—¿De veras, calvo?

Empezó a enrojecer.

—Será mejor que me de el arma.

—Claro que sí. Y tú lo arreglarás todo, ¿no es así? Dirás que maté a sangre fría a Piero y que le pegué una paliza a Doc sin ninguna provocación. Naturalmente, yo lo desmentiré, pero tú eres un tipo cuya palabra pesa mucho.

—Ya puede estar seguro de que es así, ande, deme la pistola.

Alargó la mano y entonces se la di, pero no en la forma que él quería. La bajé como una exhalación golpeándole en los dedos.

Lanzó un grito y se desplomó de rodillas, llevándose la mano lesionada a la boca.

En esa posición quiso atraparme con sus largos brazos y le volví a pegar con la pistola en su brillante cráneo. Tuvo bastante para echar un sueño.

No había dejado de mirar a Tony Marino durante todo el rato, pero mientras me las entendí con el calvo contó con unos segundos a su favor. Ya había abierto un cajón y eché a correr.

Empezó a sacar la mano con la pistola, pero al llegar a su lado le pegué con el cañón en la barbilla. Soltó el arma como si quemase cayendo en el sillón que hasta entonces había ocupado.

Graznó una maldición en italiano y llevóse la mano a la barbilla en donde le había aparecido una grieta por la que manaba sangre.

—Esto lo va a pagar, Wyler —dijo.

—¿Cómo?

—De una sola forma. Con la muerte.

Seguía creyendo que yo era uno de los tipos a quienes podía acobardar con una frase hecha.

Le abofeteé dos veces y luego le casqué en el pómulo. Su cabeza rebotó contra el sillón y se volvió hacia mí. Entonces lo atrapé por el cuello de la camisa y le apliqué el cañón del revólver en la sien.

—Mírame bien, Tony.

Me miró y, cosa rara, sus ojos comenzaron a cobrar vitalidad. Ya eran los de un ser humano. Por una sola razón. Tenía miedo.

—¿Qué vas a hacer, Wyler? —preguntó con voz temblorosa.

—Volarte la tapa de los sesos.

—Estás loco, Wyler.

—No, Tony. No lo estoy. Eres un bicho repugnante. Hace mucho tiempo que deberías estar bajo tierra. Pero ahora yo voy a dar gusto a la humanidad.

—No puedes atreverte…

—Contaré hasta tres y luego apretaré el disparador.

—¿Por qué vas a hacer eso? ¿Por qué, Wyler?

—Eres un canalla… Has extorsionado a mi cliente, a Perla Benson.

—No.

—Le sacaste un montón de dinero. Y luego le pediste el pendentif de su madre, y todo a cambio del negativo de una foto que nunca has entregado.

—No sé nada de eso.

—Empiezo a contar, Tony… Uno…

—¡No tengo nada que ver con la Benson! ¿Me oyes, Wyler…? ¡Nada!

—Dos…

—Te juro que no sé de qué clase de negocio me hablas. Yo jamás he ordenado hacer ninguna foto a Perla Benson. Si vino a mi casa fue porque Piero la invitó, pero debió hacerlo por puro azar… ¡No sé quién es esa chica! ¡Nunca la he visto! ¡No me mates, Wyler, no me mates! ¡Por lo que más quieras…!

Se echó a llorar. Juro que Tony Marino se echó a llorar.

Ya estaba demorando mucho la culminación de la cuenta fatídica que debía de acabar con su vida. Sabía que si apretaba el gatillo la sociedad contraería conmigo una deuda porque Tony

Marino era un reptil, uno de los mayores que se pudiese arrastrar por la tierra.

Pero no podía matarle a sangre fría. Había montado un tinglado para sacarle la verdad, y ahora sabía que él tenía razón. No; Tony Marino no tenía nada que ver con Perla Benson.

Yo veía por el rabillo del ojo a Mayra. Seguía allí quieta, contemplando la escena como hipnotizada.

—Está bien, Tony. Te voy a dejar libre.

Se pasó la lengua por los labios y sus ojos dejaron de lagrimear.

—Métete esto en la cabeza, Tony. Te dije la verdad. Conocí a Mayra esta noche. No hay nada entre ella y yo, así que la dejarás en paz.

—Sí, Wyler.

—Sé que cometo un error al dejarte vivo, pero no soy un asesino.

Asintió con la cabeza.

—Y pide al cielo que nuestros caminos no se crucen. Tony —sentencié—. La próxima vez no tendrías escapatoria.

El investigador había tenido oportunidad de lanzarse sobre mí, pero allá estaba asustado en el diván, con los ojos muy abiertos. Doc también empezaba a volver en sí.

Di un empellón a Tony sobre la silla y me enderecé.

En los labios de Mayra aleteó una sonrisa.

Ahora me hacía falta uno de sus cálidos besos, pero no era momento para que ella me echase los brazos al cuello.

Fui hacia la puerta cuidando de no dar la espalda a los bastardos.

Al llegar al umbral guardé la pistola en el bolsillo.

—Me quedo el arma como recuerdo —dije—. Fue una noche inolvidable. Salí al local y no me entretuve un segundo.

Minutos más tarde corría en mi «Buick» por la calle.

CAPÍTULO IX

Hacía más de dos meses que no veía a Evelyn Page, pero sabía dónde encontrarla, en su establecimiento de El Caballo Blanco, en Redondo Beach. Evelyn y yo somos muy amigos desde el día en que le salvé la vida, cuando trabajando ella en un club nocturno, un gángster borracho que se había prendado de ella le quiso descerrajar dos tiros porque la muchacha no consintió en fugarse con él. Es justo decir que Evelyn me salvó la vida también a mí en otra ocasión y con ello quedamos a la par. Pero la amistad entre ambos es de las que siempre duran, porque ella es una muchacha sencilla, afable y está provista de todo lo que un hombre desea ver en una mujer. La única diferencia que podía existir entre nosotros apenas contaba. Yo tengo veintiocho años y ella treinta y siete. Pero no se lo digan a nadie, a Evelyn le disgustaría.

Cuando entré en su local, ella estaba al lado de la caja contestando algo a su empleada. Le hice un saludo con la mano y me fui al apartado de siempre, el tercero empezando por la izquierda.

Ella no tardó ni un minuto en estar conmigo. Evelyn posee un físico muy atractivo, de curvas opulentas, cabello rubio, ojos muy grandes, claros, y cuando sonríe, se le forman dos graciosos hoyuelos en las mejillas.

—Grandísimo bribón —dijo—. ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

Me ofreció su boca y la besé.

—Estuve muy ocupado, Evelyn.

Ella puso un brazo en jarras y se contoneó sonriendo.

—Mujeres. ¿Cuándo las vas a dejar en paz? Ya estoy segura de que me vas a preguntar por una rubia, una morena, o una pelirroja.

—Esta vez es un tipo.

Rió con más fuerza que antes.

Se asomó por el corredor y dio un chasquido con los dedos.

Nos sentamos y enseguida apareció un mozo trayendo dos vasos de *whisky* puro.

—Por los viejos tiempos —dijo ella.

Hice un gesto afirmativo y los dos bebimos un trago.

—¿Quién es el fulano? —preguntó ella.

—Un tal Paul Rogers.

—No me suena.

Lo di la descripción del Apolo.

—Sí, ahora caigo. Creo que le he visto un par de veces por ahí, pero nunca se llegó a este local. ¿Le necesites para esta noche?

—Sí, Evelyn. Es urgente.

—Está bien. No te preocupes.

Salió del apartado dejándome solo, pero no invirtió más de diez minutos en volver y se sentó otra vez a mi lado.

—Está arreglado, chico.

—Dame la dirección.

—No hará falta que te muevas. Vendrá dentro de un rato. Resulta que una de mis empleadas le conoce. Le llamó adonde él suele estar a estas horas y han quedado en que él pasará a recogerla.

—Gracias, Evelyn.

Me había visto al entrar la herida de mi frente y las otras marcas que exhibía mi cara.

—¿Por qué has de estar siempre a la gresca, Red?

—Es la profesión.

—Necesito un administrador, ¿sabes?

—¿Qué ha pasado con el que tenías?

—Se me largó hace un par de semanas con trescientos dólares.

—¿Por qué no me lo has dicho? Te lo habría traído de las orejas.

—Era un pobre hombre. Sentí compasión de él y le di el cargo.

Le sonreí.

—Y ahora me lo quieres dar a mí.

—Oh, Red… Tú no eres lo mismo.

Sacudí la cabeza.

—No, tu pobre hombre tenía cincuenta o sesenta años y yo

tengo veintiocho.

—Me haces mucha falta, no creas.

—¿Para vigilar si el cocinero echa a la comida la sal necesaria?

—Siempre estás de chanza —se arregló un bucle del cabello—, aquí viene mucha gente de avería y no creas que es fácil entendérselas con algunos.

Le cogí una de las manos y la apreté suavemente.

—Gracias, Evelyn, pero me gusta lo mío.

—Me lo temía —dijo dando un suspiro—. ¿Sabes una cosa?

—¿El qué?

—No leería el diario ningún día si no fuese por ti Siempre estoy esperando verte en la primera plana.

—Quizá me veas dentro de unos días.

—No es en el sentido que tú crees. Red. Siempre te metes en los más grandes jaleos. Conozco a unos cuantos detectives privados que son clientes, a ellos les va muy bien. Tienen buenos coches y se hacen acompañar por bonitas mujeres y, a alguna de ellas, les compran abrigos de visón.

—Sí, Evelyn. Yo también conozco a unos cuantos de esa clase.

—¿Por qué no has de ser tú como ellos? Estoy segura de que no corren ningún peligro. Encendí dos cigarrillos y le alargué uno.

—Es cuestión de temperamento, ¿sabes, Evelyn? O quizá se lleve en la sangre. La mía hierve cuando me entero de que hay un tipo que pisoteó a otro o cuando llega a mis oídos que alguien vive a costa del trabajo de los demás, del sacrificio de familias enteras. —Tú no puedes arreglar solo el mundo, Red.

—No, ya sé que no, pero hasta donde yo alcance, trataré de borrar lo que no debe existir.

Bebí un trago de *whisky*.

—¿Alguna mujer? —preguntó de pronto.

—No —dije.

—Te observo más serio que otras veces y eso en un hombre siempre tiene que ver con una dama.

Sonreí acordándome de Perla Benson, mi cliente. Era una mujer de una vez, algo definitivo en su clase pero ¿dónde tenía el corazón?

—Saldré fuera —dijo Evelyn—. Ya me ocuparé yo de que él venga aquí.

—Muy bien.

Quedé otra vez solo. Fumé el cigarrillo y encendí otro. Luego oí pasos por el corredor, y Paul Rogers, el Apolo, fue a entrar en el apartado y se detuvo bruscamente.

—Perdón —dijo—. Me dijeron que Emma estaba aquí.

—Siéntese, Rogers —repuse antes de que terminase de dar la vuelta.

Me miró con las cejas enarcadas.

—No entiendo —titubeó.

—Fui yo quien le mandé llamar.

—¿Quién es usted?

—Red Wyler, detective privado.

—No tengo nada que ver con usted y, de paso, le diré que no me gustó su procedimiento.

—Siéntese —le dije con voz seca.

Soltó una risita.

—¿Quién se cree que es? ¿Dueño del mundo? —Llenó los pulmones de oxígeno—. ¡Váyase al infierno!

Para cuando terminó la frase le mostré la pistola que había pertenecido al difunto Piero.

—Ande, Paul, ocupe la silla y pórtese como un buen chico.

Esta vez obedeció.

Devolví la pistola al bolsillo.

—¿Qué le pasa? —preguntó con acritud.

—¿Conoce a Perla Benson?

Se mordió el labio inferior.

—No.

—¿En serio?

—No, no la conozco.

Me miré las uñas de la mano derecha y conté hasta seis. Luego le pegué con el dorso en la boca.

Estrelló la cabeza contra la pared.

Me vio sin la pistola y probablemente creyó que me podría hacer picadillo. Era un atleta completo y me imaginé su biblioteca llena de libros con fotografías de tipos musculosos, y él se habría pasado toda la vida en el gimnasio.

Se levantó de un salto y me disparó la derecha, pero lo hizo de una forma extraña, quizá como lo haría una mujer.

Doblé la cabeza a un lado y el tipo golpeó el puño contra la madera.

Fue terriblemente fácil ganchearlo con la derecha Casi creí que le arrancaba la cabeza. Cayó hacia atrás y quedó en el suelo, moviéndose muy poco porque estaba a punto de perder el sentido.

Nadie se llegó al apartado. Evelyn me conocía bien.

Bebí otro trago de *whisky* y encendí un tercer cigarrillo porque el otro se había caído al suelo.

Paul movió la cabeza de un lado a otro tratando de recuperarse. Luego se puso en pie y me dirigió una mirada. Finalmente se sentó en la silla que había ocupado antes.

—Está bien. La conozco. ¿Qué quieres saber?

Observé la ceniza del cigarrillo.

—Tiene menos seso que un mosquito, Paul. ¿Es que no se dio cuenta de que tarde o temprano lo atraparía? Su truco era muy burdo.

—¿Qué dice?

—No vuelva a las andadas. Estamos hablando de Perla.

Hubo un silencio. Luego dijo:

—Está bien, pero la culpa la tengo yo.

—¿Sí?

—Creí que podría sacar algún dinero, pero debió preferir a otro tipo más vivo —sonrió—, alguien me dijo que me debía dedicar a las cuarentonas.

—Se la está ganando, Paul. Creí que con lo de antes habíamos llegado a un acuerdo.

Usted me dice la verdad y todos contentos.

—Se la estoy diciendo. Ríe acerqué a Perla para hacerle el amor, lo mismo que a las demás, pero la chica es dura y no se le puede hablar en serio. Uno dice algo romántico y se le echa a reír. ¿Qué le parece? Ande, pruébelo con ella.

—Entiendo. No pudiste sacarle el dinero por las buenas y probaste de otra forma.

—¿Cómo?

—Chantaje, extorsión.

Hizo una mueca.

—¿De qué está hablando, Wyler?

—Le sacaste la pasta a la chica y en grande.

—Ya le he dicho que no he podido conseguir un centavo. Para ser exacto, una vez me pagó la consumición y para ello tuve que alegar que me había dejado la cartera en el hotel… ¿Qué le parece?

Endurecí el rostro.

—Te voy a agujerear ese pellejo tan bonito que tienes, Paul.

—Oiga, amigo, le aseguro que no sé nada de todo ese embrollo.

En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Fuiste con ella a Dana Points, a una fiesta que dio Tony Marino hace cosa de dos meses.

—Sí, eso es cierto.

—Luego cada cual bailó por su lado.

—Si.

—La llevaste allí porque formaba parte de tu combinación.

—Oh, no, usted se equivoca, Wyler. No había ninguna clase de combinación.

—Ella fue la invitada, ¿no, Paul?

—Sí.

—¿Por qué fuiste tú?

—Ella me avisó con un par de días de antelación y conseguí que me invitasen también. —¿De qué forma?

—Eché mano a un amigo.

—¿Quién?

—Oiga, no me puedo acordar.

—Inténtalo.

Se pasó una mano por la cara, ahora respiraba nervioso.

—Oiga, eso ocurrió hace dos meses.

—El nombre.

Se inclinó sobre la mesa golpeándola con los nudillos.

—Ya sé, Slade… Sí, Ben Slade, agente artístico.

—¿Dónde tiene sus oficinas?

—Boulevard Adams, no sé el número.

—¿Dónde vive?

—He estado un par de veces en su casa. Creo que es… —se interrumpió otra vez—. Boulevard Torrance 372.

No podía estar representando. Era muy mal actor. Todo lo suyo era espontáneo. Si un detective privado no sabe distinguir eso, es mejor que se dedique a cultivar berenjenas.

Estaba seguro de que perdía mi tiempo, pero no costaba ningún

trabajo llevar el interrogatorio hasta su final.

—Volvamos a la fiesta de Tony Marino. ¿Qué pasó allí?

—Nada.

—Estuviste todo el rato con Perla.

—Oh, no, cada cual fue por su lado. Ella bailó con unos y yo me dediqué a pasarlo bien con otras muchachas. Usted ya me entiende, es lo que siempre ocurre en una de esas fiestas. Es como la noche final de año…

—Pero, por fin, os reunisteis para iniciar el regreso.

—No, Wyler. Quiero decir que yo busqué a Perla, pero no la encontré. Pensé que se había ido con otro, de modo que yo también abandoné la fiesta.

—¿A qué hora?

Permaneció unos segundos en silencio.

—Alrededor de las cuatro de la madrugada.

—Te puedes marchar, Paul —dije.

Púsose en pie.

—¿Qué ocurre con Perla?

—No es asunto tuyo, pero te voy a dar un consejo. No vuelvas a mirarla.

—No me lo puede prohibir.

Cerré el puño.

—Sí, Paul. Sí puedo. Dedícate a otras, pero no a Perla. ¿Entendido?

Nos miramos a los ojos. Finalmente él movió la cabeza de arriba abajo.

—Entendido —murmuró y salió del apartado.

Evelyn entró pero se quedó con un brazo apoyado en la jamba.

—¿Sacaste algo en claro?

—Todo lo que le podía sacar.

Me puse en pie.

—¿Te vas ya, Red?

—Aún no. He de telefonear.

Pasé por su lado y le pellizqué la barbilla besándola en la comisura de la boca.

Me metí en la cabina y marqué el número.

Esta vez oí a la primera la voz del señor Benson.

—Hola —dije.

—¿Señor Wyler? Dijo usted que llamaría al cabo de una hora y ya han pasado dos.

—Lo de su chica me ocupó todo este tiempo.

—¿Cómo sabía usted que el pendentif no podía ser el genuino?

—¿No lo es?

—La pieza que hay en la caja fuerte de Perla es falsa.

Sentí un escalofrío por la espalda.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El tasador. Y le aseguro que es un hombre de confianza, uno de los mejores de esta parte del país.

—¿Quién?

—Ralph Grove.

Conocía a Ralph Grove y sabía que era un tipo honrado. Benson habló otra vez por el cable.

—Dígame, Wyler. ¿Dónde está el genuino?

—Tenga un poco de paciencia, Benson —dije y colgué.

Salí de la cabina y me acerqué a Evelyn.

—Ahora he de marcharme.

Sonrió con amargura.

—¿Hasta cuándo no te veré? ¿Otros dos meses?

—Sé que me porto mal contigo.

—Estaba bromeando.

Le apreté un brazo y la besé otra vez en la boca. Luego salí a la calle y me dirigí a Venice. Esta vez no fui a la palmera sino que estacioné junto al *bungalow* de Perla Benson.

La luz se filtraba por una ventana. Subí al porche pero no apreté el timbre, abrí con mi llave falsa.

Allí estaba ella, tendida en el diván, inmóvil, con los pies descalzos.

Dormía.

Capítulo X

Parecía un ángel. El rostro bello marfileño, los párpados cerrados, corridas las sedosas pestañas, los senos moviéndose rítmicamente.

Me acerqué hasta ella andando suavemente, y la contemplé a mi gusto. Luego me agaché poco a poco. La cogí de un brazo y tiré de ella.

Voló desde el sofá y ya para entonces la había soltado. Golpeó contra el suelo y dio una vuelta despertando con un grito.

Se encorvó en el suelo como una fiera, el corto cabello cayéndole sobre la frente. Sus ojos me miraron llenos de ira.

—¿Tú…? ¿Lo has hecho tú?

Ahora teníamos confianza.

—Sí, nena. He sido yo. ¿Te extraña?

—Debería haberte pegado más fuerte cuando te cacé con el jarrón.

—Te hubiese convenido porque te voy a mandar a la silla.

Frunció los ojos.

—¿Qué dices?

Me senté en el sillón y repetí:

—A la silla, ese artefacto en el que asan a los criminales.

Se levantó bruscamente, así descalza estaba más atractiva porque seguía siendo hermosa.

—Oye, te has propasado demasiado, pero no te voy a consentir…

—¡Cállate! —grité.

—¿Quién me dice que me calle?

—¡Yo!

—Me está bien empleado. Te estaba esperando y me dormí en el diván creyendo que vendrías.

—Ya he venido.

—¿Y qué es lo que has hecho, bruto? Por poco me desnucas.

—Más te convenía —me señalé la cara—. ¿Ves estas moraduras? Te las debo a ti. —Debes darme las gracias. Te favorecen.

—Han estado a punto de matarme.

—Toda la ciudad hubiese estado de enhorabuena.

—¿Y sabes por qué me iban a matar? Por haber creído a una redomada embustera. Por haber tenido la absurda pretensión de ayudar a una niña tonta, a una joven estúpida.

Se echó a reír.

—Sigue, Red. Estás maravilloso cuando te enfadas.

Me levanté de un salto y fui hacia ella, pero supo mis intenciones y echó a correr alejándose de mi lado.

—¡Párate ya! —dije.

—¿Sí? ¿Para qué quieres que me pare, matón? ¿Te contentarás con pegarme en la cara o quizá me descoyuntes los huesos?

—Ya recibiste lo tuyo esta mañana. Pasaron demasiadas horas. Te toca la segunda sesión.

—No, Red. Esta vez no me vas a tocar.

—¿Por qué has mentido? ¡Di, por qué, maldita sea! —Fui hacia ella.

—¿Quién eras tú, Red?

—Rey Wyler, detective privado.

—Pero ¿por qué no uno de ellos?

—¿Uno de ellos?

Crucé por un extremo del diván, pero ella estaba ya al otro lado.

—Claro que sí, Red. Tú podías ser un componente de la banda. Hasta incluso podías ser el jefe… ¿Quién me decía que no? Das la medida…, alto, fuerte y con cara de bruto. —Deja que te pille y sabrás todo lo bruto que soy.

—Ya me has dado muchas muestras. ¡Abre esa puerta y lárgate!

—Eso es lo que tú quisieras, pero no voy a hacer tal cosa. Mataste a ese hombre.

Yo había llegado a la parte media del diván y ella estaba a la otra.

Me lancé por encima y toqué con los dedos su camisa, pero ella también había saltado y el resultado de todo fue que me quedé con un trozo de tela en la mano y me di de bruces contra el suelo

rodando hasta el hogar.

Perla se puso a reír desde tres yardas de distancia.

—Anda, ríe, te va a durar poco —dije irritado.

Arrojé el trozo de tela al suelo y me fui derecho al bar, allí me preparé un *whisky*.

Oí su voz a mi espalda:

—¿Crees de verdad que soy una asesina?

No; no lo creía, pero tenía que hacerla hablar aunque tuviese que acogotarla.

—Tú solo le pudiste matar.

—No, Red. Te dije la verdad.

—Si tuviese ganas, soltaría una carcajada. ¿Sabes lo que es eso? ¿La verdad? Óyeme bien, condenada embustera… Fui a ver a Tony Marino. Él no sabía absolutamente nada de la historia que me contaste. Nada de la foto, nada del dinero… Ni siquiera te conocía. También hablé con Paul… Tal como yo había supuesto, él es un vividor.

—No es nada nuevo para mí.

—De modo que lo sabías y sin embargo ibas con él.

—Es simpático y me divertía, pero nunca dejé que me llevase a su terreno.

—Claro, tú eres una chica que te defiendes muy bien, pero unos tipos te han estado extorsionando miles de dólares. Siempre he tenido por tonta y por estúpida a la persona que ha consentido eso.

Dejó de sonreír.

—Yo también soy como tú, Red. Tampoco lo habría consentido.

—¿Es que quieres volverme loco…? De modo que te extorsionan y dices que no lo habrías consentido.

—Párate a pensar un poco.

—¿En qué?

—¿Y si te estuviesen extorsionando por algo que no ha dependido de mí? A ti también te podía haber ocurrido.

—¡Al infierno con eso! —Bebí un largo trago y agregué—: Ahora te diré lo que voy a hacer, monada.

—¿El qué?

—Llamaré a la policía y diré dónde pueden encontrar un cadáver.

—Muy bien, Red. Puedes hacerlo, pero antes me escucharás

unos minutos.

—¿Para qué?

—Para contarte la verdadera historia.

—¡Adelante, amigos! ¡Ocupen sus localidades! ¡La señorita Benson, en otro de sus números, nos va a contar una historia acerca de la extorsión de que ha sido víctima! —Hice una pausa—. ¡Que te escuche quien quiera! ¡Yo no! ¡Tuve bastante con lo de antes! Me dejé caer en un sillón y cogí el auricular.

Perla vino corriendo hacia mí y se arrodilló a mis pies, atrapándome la mano.

—¡No, Red! ¡No lo hagas todavía!

Ya la tenía allí y sus manos rozaban mi piel, y sentía su respiración entrecortada y el aroma que despedía su cuerpo. Me estaba hipnotizando. Lo sabía. Si vacilaba dos segundos más, terminaría por colgar. Ella ejercía sobre mí una peligrosa atracción. Jamás me había ocurrido antes de ahora con una mujer, y me había prometido que ninguna lo lograría. Pero allí estaba ella y era rubia y poseía unos ojos muy grandes, verdosos, y sus labios eran del color de la sangre.

—Te voy a conceder cinco minutos —dije.

—Muy bien. Red.

—Adelante.

Respiró con fuerza y luego dijo:

—Yo no soy la hija de Frederic Benson.

CAPÍTULO XI

Sólo había dicho eso. Que ella no era la hija de Frederic Benson.

Me incliné para empezar a marcar el número de la policía y ella me aferró nuevamente.

—¡Te estoy diciendo la verdad, Red!

—Oye, nena —dije armándome de paciencia—. Tú eres una chica estupenda, ¿eh? Quedamos en eso. Quisiste hacer tu vida demasiado independiente y te instalaste aquí. Querías buscar nuevas emociones, de modo que te pusiste a conocer tipos y de esa forma diste con un canalla o dos que te quisieron sacar el dinero. Mataste a uno de los canallas y se acabó. Fin. Se lo contaremos así a la policía y ya verás cómo se arregla todo.

—Oh, Red… ¿Cómo quieres que te lo diga? Soy hija de la mujer de Benson, pero no soy hija de él. Lo único que pasa es que Frederic cree que realmente yo soy su hija…

Cerré los ojos y los volví a abrir. Sí; continuaba allí, en el *bungalow* de Venice, propiedad de una chica rubia llamada Perla.

Dejé el auricular sobre la horquilla y me cogí la cabeza con las manos.

—Anda, dame el vaso de *whisky*.

—Sí, querido.

—Puedes traer también un par de aspirinas.

Trajo las aspirinas y el *whisky*. Lo tomé todo.

Se me sentó al lado pasando sus dedos por mi cabeza.

—Oh, Red, cuánto siento que te hayan golpeado por mi culpa…

¿Lo entienden? Ella me había llevado al matadero, pero lo sentía.

Le quité la mano de mi cabeza y me volví hacia ella.

—Anda, chica, desembucha. Cuéntame todo eso de que eres hija

de la mujer de Benson, pero no lo eres de Frederic Benson.

—Cuando lo sepas, lo vas a encontrar la mar de sencillo.

—Claro que sí, todas las cosas que se refieren a ti son la mar de sencillas… ¿Por qué infiernos habré de preocuparme?

—Mi madre se casó con mi padre en secreto.

—Con Frederic Benson.

—Oh, no, Red. Te he dicho que Frederic Benson no era mi padre. Se llamaba Richard Copper.

—De modo que tú eres Perla Copper.

—Debería serlo, si mi auténtico padre no hubiese fallecido diez días después de haberse casado con mi madre.

—¿Muerte natural?

—No. Sufrió un accidente. Debió ser terrible para mamá. Justamente mi padre regresaba al hotel donde le esperaba mi madre para darle una gran noticia. Había sido contratado ventajosamente por una compañía petrolífera de Venezuela. Estaba tan contento que pisó demasiado el acelerador del coche. Chocó contra un camión de gran tonelaje y, bueno, papá murió en el acto…

Me pasé otra vez la mano por la cara diciéndome que había hecho mal en volver al *bungalow*. Después de lo de Tony Marino y lo de Rogers, debí marcharme a casa a dormir.

Me había ganado un buen descanso, pero sólo se me había ocurrido irme a Venice para que ahora aquella muchacha rubia me estuviese colocando un cuento de *Las mil y una noches.*

—¿No se te va el dolor de cabeza, Red? —preguntó acariciándome ahora el cuello.

—No, dulzura. No se me va el dolor de cabeza, ni creo que se me vaya a ir en unos cuantos días.

—Puedo callarme si quieres. Dormirás aquí, en el diván, y mañana, con el desayuno, te cuento el resto de la historia.

—Oh, no, gracias, nena. ¿Crees que podría dormir si me lo cuentas por episodios? Te has quedado en el momento más emocionante. Tu madre viuda diez días después de casarse.

—Así fue.

—Estupendo. ¿Qué ocurrió después?

—Mamá se había fugado de casa para casarse con Richard Copper.

—Eso quiere decir que en casa de tu padre no sabían nada de

ella desde diez días atrás.

—Exactamente. Pero cuando sobrevino el fatal desenlace de mi padre, mamá volvió a casa.

—¿Sí? ¿Y qué les contó? ¿Alguna historieta divertida para justificar su ausencia?

—Red, no te lo tomas en serio.

—Perdona, chica.

—Mamá contó la verdad.

—Les contó lo de la fuga, ¿eh, Perla?

—Sí.

—¿Y qué hicieron los padres de tu madre?

—Por lo que pudiera ocurrir, la decidieron casar. Justamente mamá tenía un pretendiente que entonces empezaba a abrirse camino en la Prensa.

—Frederic Benson.

—Sí.

—Y Frederic Benson se casó con tu madre sin saber nada de lo que había ocurrido.

—En absoluto.

—¿Cuándo se casaron?

—Sólo hacía dieciocho días que había muerto mi padre.

—Y tu madre dio el consentimiento a aquel matrimonio.

—Ella sólo quería a Copper, pero accedió a casarse con Frederic porque supo que iba a tener un hijo.

Me puse en pie.

—Oye, Perla, ¿por qué me cuentas a mí eso? Escríbelo en un papel y dáselo a uno de los escritores que ganan su vida con truculencias folletinescas. Es muy emocionante, pero yo las prefiero de gangsters.

—Todo lo que te estoy diciendo es verdad, Red, ahora sí. ¿Es que no lo entiendes? Me estaban extorsionando por eso. Ellos tienen una copia del acta de matrimonio de mi madre con Richard Copper. Un acta legal firmada por mi madre, por Copper y por dos testigos. Es por lo que yo he pagado doce mil dólares y por lo que estaba dispuesta a dar el pendentif de mi madre, aun cuando en última instancia tratase de colocarles un duplicado.

La miré a los ojos. Estaba suplicando que la creyese.

De pronto se puso en pie y caminó hasta la estantería que había

en un rincón. Tomó un libro y de él extrajo un sobre. Luego volvió a mi lado y me alargó el sobre. Yo lo cogí para ver lo que había dentro. Era una fotocopia en tamaño reducido de un acta de matrimonio celebrado en Las Vegas, Nevada, el 13 de octubre de 1938. Era una buena foto, muy clara, y los contrayentes eran Richard Copper y Ana Roine, el juez se llamaba Edmundo Steen y los testigos Wilson Greer y Albert Oawn, los dos de Las Vegas.

—Ana Roine era el nombre de mi madre —me aclaró Perla.

—¿Esto es lo que te mandaron ellos?

—Sí.

—¿Cómo podían demostrar que tú eras hija de Copper?

—Yo nací a los ocho meses del matrimonio entre Frederic Benson y mi madre, cuando ya hacía nueve que ella se había casado con Richard —se mordió el labio inferior—. Mi madre nunca confesó a papá que había estado casada con Richard.

—¿Cómo estás tan segura de que no se lo dijo?

—Cuando recibí este negativo, fui a casa de mis abuelos y, sin decirles lo que ocurría, logré sacarles la verdad.

Me eché atrás en el respaldo del diván.

—Enciéndeme un cigarrillo, nena —le pedí.

Tomó dos de la caja de la mesa ratonera y el encendedor. Cuando los hubo prendido, me puso uno en los labios.

—Debiste decirme la verdad desde un principio, Perla.

—Te la dije con respecto a lo que ocurrió en la calle Alameda. No me comprometía nada y no sabía de qué parte estabas. Yo sospechaba de todo el mundo, por eso inventé la historia de Tony Marino.

Consulté el reloj. Eran casi las once de la noche. Guardé el sobre con el certificado del acta de matrimonio en mi bolsillo y me puse en pie.

—¿Adónde vas? —dijo ella.

—A Las Vegas.

—Iré contigo, Red.

—No, tú te quedas.

Me echó los brazos al cuello.

—Quiero ayudarte. Puede que me necesites.

—Ya me has ayudado bastante —dije sarcástico.

—No seas rencoroso —repuso haciendo un mohín y me besó en

los labios.

Fue un beso maravilloso. El más estupendo que he recibido en mi vida, pero terminó de mala manera. Una voz dijo desde la puerta:

—Nadie va a ninguna parte. Los dos se van a quedar aquí.

Me desprendí de los brazos de Perla y giré bruscamente, allá, en el umbral, había un tipo de mediana estatura, delgado, de mejillas chupadas y ojos hundidos. Seguro que la pistola que esgrimía en la mano pesaba más que él. Pero también supe que eso le tenía sin cuidado porque era un asesino. Sí, un tipo que una hora antes podía haber estado tranquilamente jugando al billar o a los naipes y al que una simple llamada telefónica había puesto en movimiento. Él se había limitado a interrumpir la partida alegando que tenía trabajo y que regresaría en cuanto lo hubiese terminado. Y justamente a las personas que debía quitar del mundo era a nosotros dos, a Perla, mi tigresa rubia, y a un servidor de ustedes, Red Wyler, de profesión entrometido.

CAPÍTULO XII

Perla me puso la mano en el brazo clavándome las uñas. Eso me confortó. Iba explicándome a marchas forzadas que ella también era un ser humano.

El pistolero tenía una punta de cigarrillo en la comisura de la boca. Levantó la pistola provista de silenciador y se vino hacia nosotros.

—Forman una bonita pareja —comentó.

—Gracias —dije.

—¿Cómo lo quieren, abrazados o tal como están ahora?

—Sentados sería mejor.

—Muy bien. Siéntense.

—No se olvide del masaje para después.

Hizo una mueca y eso equivalía a una sonrisa.

—Usted es un tipo entero. Me gustan los tipos enteros.

Señalé el diván a Perla.

—Anda, siéntate y ponte cómoda, nena. Vamos a empezar el diálogo.

Sentí cómo se estremecía porque seguía con su mano sobre mi brazo. Nos dirigimos una mirada y ella movió la cabeza.

—Sí, Red.

El asesino había quedado a un par de yardas del diván.

No supe si Perla había interpretado mi pensamiento. Infiernos, prometí seguir un curso de telepatía si salía de aquélla.

De todas formas, Perla caminó hacia el diván, se sentó al borde y empezó a ahuecar un almohadón.

Entonces me puse también en movimiento hacia el diván. El tipo no nos quitaba ojo de encima.

Fue entonces cuando ocurrió.

Perla dio un chillido al tiempo que arrojaba el almohadón contra la pistola del fulano. Para entonces yo estaba cruzando la distancia que me separaba del tipejo.

Sonó un estampido como si allá, en la cocina, la tetera hubiese entrado en ebullición.

Me dije que tendría la bala en el cuerpo, pero que todavía no me la sentía. Todavía estaba vivo y tendría fuerzas antes de morir para evitar que aquel canalla disparase contra Perla.

Caí sobre el fulano aferrándole por el brazo y me lo llevé conmigo como si mese una pluma.

Perla dio otro chillido y en mi cerebro brotó una luz. Si yo no había recibido la bala, era ella quien la tenía en su carne y era aquel bastardo quien la había matado.

Le retorcí la mano haciéndole soltar el arma y luego le estrellé el puño en las narices.

Me revolvía pero no debí hacerlo porque el matón se puso a gatas y recuperó la pistola.

Había querido mirar hacia donde estaba Perla. Quizá el instinto me hizo meter la mano en el bolsillo. Tuve algo a mi favor. La sangre que salía a borbotones por la nariz del asesino, le impedía respirar. Estaba tragando aire por la boca, pero ya se disponía a disparar sobre mí.

Apreté el gatillo una, dos, tres veces, pero con la primera bala tenía bastante.

Fue a parar cuatro yardas más allá de donde se encontraba cuando recibió el primer pildorazo y quedó boca arriba, listo para que alguien lo metiese en una caja de pino.

Me levanté rápidamente y corrí al lado de Perla que estaba encogida junto al diván.

—¡Nena! ¿Dónde te dio?

Cerró los párpados y los abrió.

—No me acertó, Red.

Quedé inmóvil y de pronto ella se refugió en mi pecho y la estreché contra mí besándola en la oreja. Finalmente reaccioné.

—Los disparos deben haber sido oídos en toda la vecindad. Coge los zapatos y vámonos. Date prisa.

Se dio mucha prisa.

Cuando salimos de la casa vimos las luces de la de al lado.

Perla fue a ir a la cochera por su «Jaguar».

—Déjalo. Lo identificarían enseguida. Iremos mejor en el mío.

A lo lejos oímos una sirena policíaca. Era lo que nos faltaba.

Nos metimos en el coche y nos alejamos de aquel lugar a toda velocidad.

Antes de media noche habíamos concertado el viaje a Las Vegas en el aeropuerto. Justamente, a las doce salía un avión para aquella ciudad.

Dejé el coche en la playa de estacionamiento.

Apenas iniciamos el vuelo, Perla entrelazó su mano con la mía y los dos nos pusimos a dormir.

Desayunamos en Las Vegas y nos jugamos unos cuantos dólares en las tragaperras. Cuando fue hora, nos dirigimos a la casa del juez Edmund Steen. Resultó ser un tipo de unos sesenta años de edad, de cabello blanco y rostro de facciones simpáticas.

Se equivocó en un principio creyendo que nosotros éramos una pareja que iba a casarse y eso dio lugar a que Perla y yo intercambiásemos una sonrisa. Le dije al juez que quería ver uno de sus libros de actas matrimoniales y no hubo inconveniente. Poco después tuvimos ante nuestros ojos el acta original del matrimonio celebrado el 13 de octubre de 1938 entre Ana Roine y Richard Copper. Estaba claro que habían sacado la fotocopia de aquel libro. Entonces llegó la parte delicada Carraspeé.

—Oiga, juez —dije y señalé la hoja de donde habían sacado la copia—. ¿Hay muchas personas que tienen acceso a su archivo?

El anciano frunció el ceño.

—No, no hay muchas personas. ¿Por qué?

Naturalmente, no le iba a explicar todo el asunto, pero bastaría con unas palabras.

—Han utilizado este libro para extorsionar a la joven que me acompaña.

Se quedó de muestra y entonces saqué una tarjeta profesional y se la pasé. Mordióse el labio inferior mientras decía:

—Comprendo —carraspeó—. Vivo solamente con mi mujer y, como ustedes comprenderán, es de toda mi confianza. Pronto celebraremos nuestras bodas de plata. Mary es mi brazo derecho.

—¿Tiene criada?

—Oh, no. Mary se las arregla muy bien. Nunca la ha querido, ya

sabe, es de las mujeres de antes, no consiente una mano extraña en la casa —se pasó la lengua por los labios—. Pero teníamos un jardinero, quiero decir un hombre que venía a arreglarme el jardín una vez por semana. Justamente es uno de los que firmó esa acta como testigo.

Me sentí interesado por aquel jardinero. Señalé el libro de actas que estaba abierto.

—¿Cuál de los dos?

—Albert Dawn… El otro, Wilson Greer, falleció hace cosa de cinco años.

—¿Podemos hablar con Albert Dawn?

—Me temo que no podrán hablar con él.

—¿También ha muerto?

—No. Se marchó hace un par de meses.

—¿Adónde?

—No lo sé. Me imagino que ustedes están sospechando como yo de Albert Dawn. —Parece que los indicios están en su contra. ¿Qué clase de hombre es?

—Un poco extraño y nada hablador, Algunas personas le tenían por chiflado.

—¿Tenía parientes en la ciudad?

—No. Era soltero y no se le conocía ningún familiar. Creo que llegó aquí hace cosa de treinta años. Vivía solo en una casita de las afueras que él mismo se construyó. Está a un par de millas de aquí. El barrio se llama Alamillo… Espere que recuerde… Sí, calle Dexter, 32.

—¿Me puede dar una descripción?

—Desde luego. Talla normal, unos cincuenta años de edad, cabello castaño, ojos azules, piel reseca y mentón hendido.

—Gracias, señor juez.

Nos despedimos de él y salimos de su casa.

Cuando nos acercábamos al coche, Perla preguntó:

—Está claro todo, Albert Dawn es el extorsionista.

—Anda mezclado en el asunto pero no está él solo.

—¿Qué quieres decir?

—Hay otra persona, anda, vamos a echarle un vistazo a esa casa.

Poco después estábamos ante el número 32 de la calle Dexter, en Alamillo. La casa de Albert Dawn dejaba bastante que desear. En el

jardín había empezado a crecer la maleza. Las puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente.

En el jardín de al lado había una mujer que regaba las flores. Le guiñé un ojo a Perla y nos fuimos hacia ella.

—Buenos días, señora. Nos llegamos a saludar a Dawn y hemos encontrado su casa cerrada. ¿Sabe si él está dentro?

—No. Dawn se marchó y la verdad es que nadie sabe dónde.

—Oh —dijo Perla y se colgó de mi brazo.

—Mi mujer y yo nos casamos hace dos años en Las Vegas, en casa del juez Edmund Steen. Tomamos ahora las vacaciones y decidimos pasarlas aquí y, bueno, se nos ocurrió saludar al juez y a los testigos de nuestra boda. Dawn fue uno de ellos.

La joven sonrió emocionada ante el cuadro enternecedor que Perla y yo le ofrecíamos. —El caso es que Dawn no me dijo siquiera a mí adónde iba— repuso. —Le vi salir con un hombre que le visitó en su casa y desde entonces es como si se hubiese esfumado porque ya no regresó. Desde luego, Dawn iba con una valija y eso ya era cosa extraña en él. Nunca viajaba.

—Quizá aquel hombre con quien usted le vio era algún pariente suyo.

—No lo creo.

—¿A que va a resultar que fue el otro testigo de nuestra boda? —dije—. Tampoco lo hemos encontrado. ¿Era por casualidad un tipo alto, delgado, de unos treinta años?

—No, señor. El que acompañaba a Dawn era un hombre que estaba entre los cincuenta y cinco y sesenta años. Le pude ver bien porque se volvió para coger la valija de Dawn. Tenía la piel arrugada y la nariz grande y un poco colorada. Ya sabe, como el que bebe demasiado alcohol —dio un suspiro—. Desgraciadamente, tengo experiencia a ese respecto.

Como si hubiese estado escuchando apareció un hombre en el porche.

—¡Eh, Marta! ¿Qué haces ahí? —El hombre estaba en camiseta —. ¿Dónde pusiste el frasco?

—Ahí lo tienen —dijo Marta—. Otro ejemplar. Se desayuna con *whisky*, come con *whisky* y se acostaría con la botella si no se la escondiese —encogió los hombros y miró a Perla—. No le deje que él beba, señora.

—Soy abstemio, Marta —dije—. Gracias por sus informes.

Volvimos al taxi e iniciamos el regreso a la ciudad.

—¿Vamos a seguir investigando acerca del hombre que acompañaba a Dawn? —inquirió Perla.

—No, volvemos a casa.

Durante el vuelo, aprovechamos el tiempo para dormir otro poco.

Llegados a Los Ángeles llevé a Perla al hotel de un amigo, Van Ford. Era un establecimiento de tercera categoría, pero Van me tenía en estima y podía confiar en él. Tomé una habitación con dos camas y me inscribí con el nombre de Cary Doven y señora.

Perla dio un respingo al ver sobre el escritorio un diario abierto por la primera página. La policía buscaba a Perla Benson para interrogarla acerca de un hombre que había sido baleado en el *bungalow* propiedad de la muchacha, en Venice. Pero eso no era todo. Ya habían descubierto el otro cadáver, el de la calle Alameda, gracias a que un empleado de la Compañía Eléctrica de Los Ángeles llegó a la casa para arreglar un tendido. Desde luego no establecían ninguna relación entre esta muerte y la del flacucho de la pistola con silenciador. Éste resultó ser Dan Bou, un pistolero profesional con un hermoso prontuario.

Una vez en la habitación, Perla me pasó su brazo por la cintura.

—¿Qué va a pasar ahora, Red?

—Nada. Todo quedará arreglado.

—Sólo lo dices para consolarme.

—Oye, nena, voy a tomar un baño y luego me llegaré a hacer un par de visitas. Tú me esperarás aquí y aprovecharás el tiempo para descansar.

—Ya dormí en el avión.

—Fue poco.

Le di un beso en la nariz y me fui al cuarto de baño.

El agua fría me hizo mucho bien.

Me estaba poniendo los pantalones cuando la puerta se abrió.

—Eh, Perla, aún no acabé —dije volviéndome rápidamente.

Tony Marino estaba en el hueco con su cara manchada de esparadrapo, ahora parecía más Napoleón que nunca porque tenía la mano derecha en el estómago mientras la izquierda la guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Detrás de él había un hombre que

apretaba contra sí a Perla, cubriéndole la boca con la mano y, un poco más allá, otros dos tipos cuyas diestras estaban ocupadas por sendas pistolas.

Sonreí.

—Caramba, Tony, creí que te ibas a olvidar algún tiempo de mí.

—Te equivocaste, hijo de perra.

Mi chaqueta colgaba de la percha, a la derecha de él, el bolsillo donde guardaba la pistola estaba a la vista, porque se había desbocado.

Me metí los faldones de la camisa en el pantalón y observé otra vez al tipo que sujetaba a Perla.

—Dile que la suelte.

—¿Para qué se ponga a chillar?

—No chillará.

Tony no se volvió como yo hubiese querido. Se limitó a levantar la mano y el tipo que había detrás soltó a Perla y ella respiró entrecortadamente.

Nos iban a despachar allí mismo, pero yo tenía que ganar tiempo. Sólo la pistola de mi chaqueta podía ayudarme.

—¿Cómo diste con nosotros, Tony?

—Mandé a los chicos al *bungalow* de Perla Benson y se lo encontraron lleno de policías.

Cuando fui informado imaginé que estaríais en algún hotel.

Se creyó muy listo. Señalé a Perla.

—La chica no tiene nada que ver con esto.

—Está contigo y basta.

Se le había metido entre ceja y ceja liquidarnos a los dos y ni el mejor abogado del mundo lo habría convencido para que desistiese de su idea.

Tenía el cinturón suelto y cogí la hebilla y el otro extremo para apretarme los pantalones. Era dificilísimo, pero allí estaba mi única posibilidad.

Agaché la cabeza mirando al cinturón y giré a la izquierda para facilitar su salida por las presillas. Tiré fuerte y el cintajo salió disparado hacia la cara de Tony y sonó un estallido cuando le mordió el pómulo.

Tony desapareció por el hueco en el dormitorio, pero seguía estando entre los pistoleros y yo.

Salté sobre mi chaqueta y en un instante tuve la pistola en la mano.

Perla demostró ser la persona que tenía más reflejos del otro lado, porque ya estaba en el suelo.

Tony había chocado contra el primer verdugo y de esa forma se mantuvo en pie. Entre Tony Marino y el marco de la puerta había un corto espacio y al fondo estaba uno de los pistoleros con su chisme. Le metí dos balazos y al verse morir se puso a disparar. Sus proyectiles picotearon en la espalda de Tony, el cual vino lanzado hacia mí. Lo atrapé por la cintura pasándole mi mano por debajo de su brazo y disparé contra el otro tipejo que se movía nervioso buscando un hueco para acabar conmigo.

Uno de mis plomos se le llevó la mitad de la frente.

El tipo que había sujetado a Perla se dejó caer de rodillas en el suelo al tiempo, que exhibía su pistola.

Hice fuego contra él y la bala le entró por la boca y continuó su camino normal como si fuese un trozo de jamón. No le debió parar hasta el estómago. Se derrumbó hacia atrás golpeando contra el lecho y luego quedó de bruces en el suelo, junto a Perla, que asistía a la escena con ojos muy agrandados.

Miré a Tony Marino que seguía en mis brazos. Él también abría los ojos. ¿Les dije alguna vez que parecían los de un cadáver…?

Ahora lo era realmente, y por la comisura de la boca le corría un hilillo de sangre.

Lo dejé en el suelo y después de guardar la pistola en la chaqueta me la puse y también apreté el cinturón.

—Largo de aquí, Perla —la ayudé a levantarse.

—¡Santo cielo…! ¡Ahora creerán que estamos locos! ¡Otros cuatro cadáveres de una sola sentada!

—Esta vez es posible que nos den una medalla. Eran cuatro bichos.

Bajamos precipitadamente por la escalera.

Van Ford se había escondido tras del escritorio.

—Eh, chico —gimió—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿Por qué los dejaste subir? —pregunté.

—Dijeron que te debían un favor y que iban a devolvértelo.

Escupí un par de maldiciones en su obsequio y salimos por la puerta a todo correr.

Algunas personas se nos quedaron mirando, pero la barriada era de ésas en que cada uno se ocupa sólo de sus cosas, aunque oiga la explosión de una bomba.

Doblamos la esquina más próxima y caminamos normalmente.

—Red…

—Dime, nena.

—¿Crees que habrá algún sitio seguro para nosotros?

Le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí.

—Quizá lo haya pronto.

CAPÍTULO XIII

Subí en el ascensor hasta el séptimo piso mezclado con otras personas. No; Perla no venía conmigo. La había dejado en un bar cercano.

Me eché el sombrero sobre la cara y atravesé la sala donde un par de docenas, de empleados trabajaban aporreando máquinas de escribir, al fondo, a la izquierda, había una puerta donde se leía: «Frederic Benson», a la derecha otra con la palabra «Director», abrí la de Benson.

Frederic estaba hablando por teléfono con la mirada fija en la mesa. Me hizo un gesto con la mano.

—Espere, Williams.

Esperé aunque no era Williams. Benson habló por el cable.

—Ya lo sabe, Leo, de acuerdo con las conclusiones a que llegamos anoche, usted tiene que iniciar esa campaña con el máximo celo. Es año de elecciones y si los lectores se imaginan que nos colocamos demasiado a favor de un candidato, redundará en nuestro perjuicio. ¿Entendido…? Si tiene alguna duda, consúlteme.

Después de colgar, levantó los ojos e hizo una mueca de perplejidad. Empezó a congestionarse.

—¡Usted!

—Buenos días, señor Benson.

Me señaló con el dedo.

—¡Le voy a hacer responsable de todo! Mató a un hombre en el *bungalow* de mi hija y ahora la policía la está buscando a ella… ¡Usted confesará!

—Serénese un poco, señor Benson.

—¡Y un cuerno me voy a serenar!

—Usted acertó, a ella la estaban extorsionando.

Fue a agregar algo más, pero se interrumpió. Caminé hasta su mesa y me senté en el borde inclinándome sobre él.

—Ella se lo dijo, ¿verdad, señor Benson?

—¿Ella…? ¿Qué es lo que Perla me tenía que decir?

—No me refiero a Perla, sino a su esposa, de soliera Ana Roine.

—¿Se refiere usted a lo…, a lo de Perla?

—Sí.

No pudo resistir mi mirada y bajó los ojos. Luego se levantó de la silla y caminó hacia un armario.

Sacó una botella de *whisky* y dos vasos y se volvió.

—¿Quiere?

—No. Tengo que realizar un trabajo importante.

Se sirvió una ración de un par de dedos y la bebió de un trago. Siguió de espaldas a mí, diciendo:

—Ana me lo confesó todo en su lecho de muerte.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace seis años. Fue muy doloroso para mí. Perla no era mi hija…

—Lo siento, pero usted debió suponer que a ella la estaban extorsionando por eso.

—Es lo que me decía yo mismo —se volvió—, pero no me atrevía a planteárselo a Perla. Ella era una chica con mucho dinero y hacía su vida fuera de casa. Podía ser una deuda de juego o cualquier otra cosa, ya me entiende. Me faltó valor. Yo la he seguido queriendo como una hija y temía que su cariño por mí desapareciese al saber que yo no era su padre.

—Se ha equivocado de medio a medio. Ella lo sigue queriendo como si fuese su padre.

Se quedó en suspenso.

—¿Usted cree?

—Sí, estoy seguro.

Me dirigí hacia la puerta.

—¿Adónde va, Red?

—A rematar el asunto.

Salí fuera y cerré la puerta. Luego abrí la del director sin llamar y me colé dentro.

Leo también estaba hablando por teléfono, alzó los ojos y al verme sonrió haciéndome una señal con la mano.

—Sí —decía a través del cable—. Está bien. Me ocuparé de ello.

Luego colgó y se quedó mirándome con la sonrisa en los labios.

—Parece que has armado un buen jaleo. La policía te busca. Creí que estarías camino de algún país.

—Pero estoy aquí.

—No debiste meterte con Tony Marino. Me acaban de decir que la policía ha hecho cantar a Van Ford. Te van a cargar los cuatro cadáveres que se encontraron en la habitación número nueve de su hotel.

—Fui yo quien lo hizo, de modo que responderé a la policía por ello.

—¿Y el pistolero del *bungalow* de Perla Benson?

—También rae lo cargué yo.

—Cinco muertos casi en veinticuatro horas, Red. ¿Es que te has vuelto loco?

—Te falta uno.

Frunció el entrecejo.

—¿Otro?

—Sí, un hombre en el número 127 de la calle Alameda. Pero ése no lo maté yo.

—Estoy informado. Un empleado de la luz lo encontró. ¿Quién lo mató y qué tiene que ver con el asunto de Perla Benson?

Ocupé el sillón de cuero y lo miré fijamente a la cara.

—¿Lo mataste tú, Leo?

En la estancia reinó un gran silencio. Luego Brennan se echó a reír.

—Tu profesión te ha hecho demasiado imaginativo, Red, pero supongo que te has visto envuelto en un lío tan grande que estás buscando a quién cargarle el baúl. Ni siquiera sé quién es el tipo. No le encontraron nada encima.

—Albert Dawn.

—¿Albert Dawn…? No sé quién es.

—Tu cómplice se revolvió contra ti y quiso apoderarse del pendentif. Él se te adelantó en la casa y cuando Perla entró se apropió de la caja, pero Dawn no hizo las cosas bien.

Debió confiar demasiado en algún truco, pero le falló, ya que tú estabas dentro de la casa. Fue a escapar por la ventana y tú lo baleaste. Después le quitaste la cartera y la joya y te largaste. Perla

te facilitó las cosas porque, cuando yo entré, ella me golpeó con un jarrón dejándome sin sentido.

No dijo nada y proseguí:

—Tengo la historia completa y veo así las cosas, apuesto que tú estabas en la casa de Benson cuando murió su mujer y debiste oír la confesión que ella le hacía. Entonces no lo utilizaste, pero ahora, por alguna razón, cambiaron las cosas y decidiste extorsionar a la chica.

Cerró los ojos apretándose el puente de la nariz.

—Debí pensar que tú eres demasiado testarudo y que pretenderías llegar al final.

—Te diste cuenta de que estaba llegando ya y me enviaste a Dan Bow, el pistolero.

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho, Leo?

—Siempre he odiado a Frederic Benson y ahora me iba a apartar del periódico alegando que me había hecho viejo. Siempre ha sido un déspota y yo no tenía mucho dinero.

—Las carreras, ¿eh?

—Sí. Perdí mucho últimamente. Ha sido un mal año. No tenía muchos ahorros, pero lo agoté todo. Entonces recordé lo de la chica de Benson. Ella tenía mucho dinero. ¿Por qué no sacárselo?

—Debiste de contentarte con tres o cuatro mil y se acabó.

—Es lo que yo había pensado, pero me di cuenta de que aquello, era un filón —sonrió—. Eso es lo malo del dinero fácil, ¿eh, Red?

—Sí. Eso es lo malo —saqué un cigarrillo y lo encendí. Luego agregué lanzando una bocanada de humo—: Te diste cuenta de que el pendentif era falso, pero justamente anoche tuviste una reunión con Benson. Lo acabo de oír mientras hablaba contigo. Te las arreglaste para llegarte al cuarto de la muchacha y te llevaste el pendentif. Una vez me dijiste que te gustaba mucho eso de hacer combinaciones con las cajas fuertes. Diste con la de la muchacha y entonces sacaste la joya y dejaste el falso.

—El bruto de Stone tuvo una gran oportunidad de retirarte de la circulación recién iniciado el asunto.

Supe a quién se refería. Stone era Nariz Chata. Luego añadió:

—Tu visita no me ha pillado de sorpresa. Stone estaba abajo y te vio entrar. Estaba hablando con él cuando llegaste. Le dije que yo

me ocuparía de ti porque me imaginé a qué vendrías.

—Te valiste de Dawn para sacar la fotografía, pero el jardinero comprendió el negocio y lo condicionó a recibir su parte.

—Sí, así fue, pero Albert luego pensó por su cuenta. Tienes razón en lo del truco. Me averió el coche con la intención de llegar antes que yo a la casa donde Perla debía llevar el pendentif, pero me di cuenta enseguida, y en lugar de porfiar con el motor, tomé un taxi que me dejó cerca de la casa, de modo que llegué a tiempo de impedir que Dawn me la pegase.

—Y le mataste por un pendentif de bisutería que no valía más de quince dólares.

—Seguiría con vida si no hubiese intentado traicionarme.

—Está bien, Leo. ¿Quieres llamar tú mismo a la policía?

—¿Por qué no?

Se inclinó sobre la mesa para coger el auricular, pero su otra mano tiró de un cajón y en un segundo sacó una pistola con la que me apuntó. Entonces se echó otra vez en el respaldo.

—No puedes estropearme el asunto, Red.

—Ya. Y me vas a matar.

—Te he tenido simpatía, pero no tengo más remedio que hacerlo. Es mi seguridad. Con el dinero que le saqué a Perla, y lo que me den por la joya, podré establecerme en cualquier país cuando Benson me de el pasaporte del periódico.

—¿Y qué le vas a contar a la policía?

—Eres un asesino. Liquidaste a cinco tipos y viniste aquí por dinero para huir. Yo no te lo he querido dar y trataste de llevártelo por la fuerza —señaló la caja fuerte que había en la pared—. Mentaré un buen escenario en cuanto te haya despachado. Hasta es posible que me de un golpe en la cabeza para dar un poco más de realismo a la cosa.

De pronto se abrió la puerta. No quise saber siquiera quién era.

Leo movió los ojos.

Sabía que tenía un par de segundos a mi favor. Saqué la pistola y disparé casi sin apuntar.

El proyectil golpeó contra el hombro de Brennan, al impacto, abrió la mano dejando caer la pistola en el suelo.

La persona que había entrado era Perla Benson. Su bonita cara estaba ahora blanca como el papel.

—Oh, Red… —dijo—. ¿Era él?

—Sí, nena. Era él, anda, Perla —dije—. Ve con tu padre.

La joven asintió con la cabeza y salió del despacho abriéndose paso entre la gente.

* * *

Eran las nueve de la noche cuando terminé mi declaración ante el capitán Prescott. Leo Brennan no había muerto. Estaba en el hospital y tendría que responder a la justicia por su delito. El comisionado me había felicitado por lo de Tony Marino. Todo estaba perfectamente.

Respiré el aire fresco de la noche al salir de la comisaría y eché a andar por la acera. Tomé un par de bocadillos con cerveza en un bar.

Luego fumé un par de cigarrillos. Finalmente, salí de allí y me metí en un taxi dando al conductor la dirección.

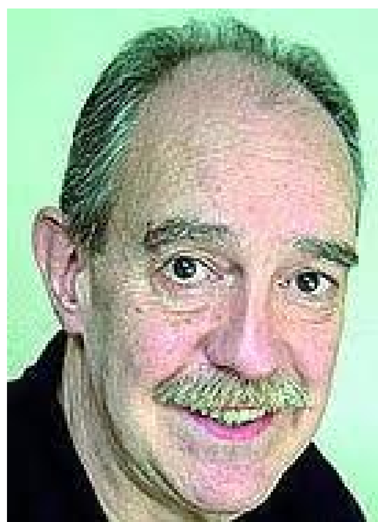
La luz se filtraba por la ventana del *bungalow*.

Antes de abrir la puerta con mi llave falsa oí la música suave, lánguida, del tocadiscos. Ella estaba sobre la piel de leopardo que había junto al hogar. Tenía los pies desnudos, pero así parecía aún más hermosa. Unos bucles del corto cabello le caían por la frente.

Me miró con sus grandes ojos verdes, los rojos labios entreabiertos.

Eché a andar lentamente hacia ella, hacia mi tigresa rubia.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).